

RANAHIT GUHA

LAS VOCES
DE LA HISTORIA
Y OTROS ESTUDIOS
SUBALTERNOS

Prólogo de
Josep Fontana

CRÍTICA
BARCELONA

DS 435
E 8418

m - 445947

ARMANDO CENIZAL
1944

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Ilustración: Joan Botallé
Ilustración de la cubierta: Reginald Marsh. «Alusión del Santo Nombre»: cuadro inspirado en La Afición, retrato de pecheros en el barrio de Boxery durante los años 30.
Fotocomposición: punt giron & associates, s.a.

Traducción castellana de Gloria Cano

1. «Subaltern Studies I» © Oxford University Press 1982; «Subaltern Studies II» © Oxford University Press 1983; «Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India» © Oxford University Press 1983; «Subaltern Studies IX» © Oxford University Press 1996.
This translation of the text from «Subaltern Studies I», «Subaltern Studies II», «Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India», and «Subaltern Studies IX» was originally published in English in 1982, 1983, and 1996, respectively. It is published by arrangement with Oxford University Press.
Fecha traducción del texto de «Subaltern Studies I», «Subaltern Studies II», «Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India», y «Subaltern Studies IX», editada originalmente en inglés en 1982, 1983 y 1996, respectivamente, se publica por acuerdo con Oxford University Press.
1. 2002 de l'història, Josep Fontana
2. 2002 de la traducció castellana para España y América: Editorial Girona S.L., Provença, 200, 08008 Barcelona
3. mail: editorialedcriticaes
http://www.edcriticaes
ISBN: 84-8432-0332-3
Deposito legal: B. 13.141. 2002
Impreso en España
2002. © BODILINGRAVE S.L., Mollet del Vallès (Barcelona)

003109
538109

RANAHIT GUHA Y LOS «SUBALTERN STUDIES»

Ranahit Guha nació en 1922 en un poblado de Bengala occidental, en una familia de propietarios medios. Su abuelo le enseñó bengalí, sánscrito e inglés, y su familia le envió a estudiar a Calcuta. Durante estos años se hizo marxista, ingresó en el Partido comunista de la India y se entregó a un activismo que perjudicó su rendimiento en los estudios. De hecho, las actividades políticas marcaron su vida desde 1942 a 1956: viajó por Europa, por África del norte y por el Oriente próximo, pasó por China después de la revolución y de retorno a la India, en 1953, actuó en los medios obreros, a la vez que empezaba a trabajar en el campo de la enseñanza. En 1956, a consecuencia de los acontecimientos de Hungría, abandonó el partido comunista.

Marchó a Gran Bretaña en 1959, donde permanecería veintitrés años, trabajando en las universidades de Manchester y de Sussex. En Manchester escribió su primera obra histórica importante, *A rule of property for Bengal*. An essay on the idea of Permanent Settlement (*Una regla de propiedad para Bengala*), publicada por Mouton en 1963.

En 1970-1971 volvió a la India, con motivo de disjuntar de un año sabbático en su trabajo. Había firmado un contrato con una editorial para escribir un libro sobre Gandhi, pero su contacto con estudiantes maoístas le hizo cambiar de idea y decidió dedicarse a investigar a fondo las revueltas campesinas. El primer resultado de esta línea de trabajo fue un artículo que apareció en la India en 1972 y, en una versión ampliada, en el *Journal of peasant studies* en 1974: «Neel Darpan: La imagen de una revuelta campesina en un espejo

gemonía de la burguesía, bien de carácter más moderno bajo la hegemonía de los trabajadores o campesinos, —es decir, una «nueva democracia»— es el estudio de este fracaso el que constituye la problemática central de la historiografía de la India colonial. No existe, sin embargo, un método de investigación establecido para el estudio de esta problemática. Dejad que florezcan cien flores y no os preocupéis ni siquiera por las malezas. Creemos que en la práctica de la historiografía, incluso los elitistas tienen que representar un papel, aunque sea el de enseñarnos con ejemplos negativos. Pero también estamos convencidos de que la historiografía elitista debiera ser combatida desarrollando un discurso alternativo basado en el rechazo del monismo espurio y anti-histórico característico de su visión del nacionalismo indio y en el reconocimiento de la coexistencia e interacción de los ámbitos de la política de la élite y la de los subalternos.

Estamos seguros de que no estamos solos en nuestra preocupación acerca del estado actual de la historiografía política de la India colonial y en el intento de encontrar una salida. El elitismo de la historiografía moderna india es un hecho opresivo del cual se resienten muchos, estudiantes, profesores y escritores como nosotros mismos. Quizás no todos subscriban lo que se ha dicho aquí sobre este tema en la forma exacta en que se ha dicho. Sin embargo, no nos cabe la menor duda de que muchos otros puntos de vista historiográficos, y otras prácticas, pueden acabar convergiendo no muy lejos de donde estamos. Nuestro propósito al dar a conocer estos puntos de vista es precisamente el de promover tal convergencia. No pretendemos más que plantear e indicar una orientación y esperamos demostrar que es factible en la práctica. Cualquiera que sea la discusión que resulte esperamos aprender mucho, no sólo del acuerdo de aquellos que piensan como nosotros, sino también de los que no lo hacen.

NOTA SOBRE LOS TÉRMINOS «ÉLITE», «PUEBLO», «SUBALTERNO», ETC., TAL Y COMO SE HAN UTILIZADO

El término «élite», tal y como ha sido utilizado en esta exposición, significa grupos *dominantes*, tanto extranjeros como indígenas. Los grupos *dominantes extranjeros* comprenden a todos los no indios, es decir, principalmente a los funcionarios británicos del estado colonial y a los industriales, los mercaderes, los financieros, los plantadores, los terratenientes y los misioneros extranjeros.

Los grupos *dominantes indígenas* comprenden a clases e intereses que operan en dos niveles. A escala del *conjunto de la India* incluye a los grandes magnates feudales, a los representantes más importantes de la burguesía industrial y mercantil y a los nativos integrados en los niveles más altos de la burocracia.

A escala *regional y local*, representaban a estas clases y a otros elementos, tanto si eran miembros de los grupos dominantes del conjunto de la India incluidos en la categoría anterior, como si, perteneciendo a estratos sociales jerárquicamente inferiores a los de los grupos dominantes del conjunto de la India, *actuaban en beneficio de aquéllos y no de conformidad a los intereses que verdaderamente correspondían a su ser social*.

Tomada en conjunto y en abstracto, esta última categoría de la élite era heterogénea en su composición y, gracias al carácter muy diverso del desarrollo económico y social regional, *difiera de área en área*. La misma clase o elemento dominante en una zona, según la definición expuesta, podía figurar entre los dominados en otra. Esta circunstancia podía producir, y de hecho produjo, muchas ambigüedades y contradicciones en actitudes y alianzas, especialmente entre las capas más bajas de la aristocracia rural, los terratenientes empobrecidos, y los campesinos ricos y medianos, ya que todos pertenecían, *idealmente hablando*, a la categoría de «pueblo» o de «clases subalternas», tal y como se definen más abajo. Es tarea propia de la investigación indagar, identificar y medir la naturaleza *específica* y el grado en que estos elementos se *desviaban* del ideal, para situarlos históricamente.

Los términos «pueblo» y «clases subalternas» han sido utilizados como sinónimos a lo largo de este texto. Los grupos y elemen-

los sociales incluidos en esta categoría representan *la diferencia demográfica entre la población total india y aquellos que se han descrito como élite*. Algunas de estas clases y grupos, como las capas más bajas de la aristocracia rural, los terratenientes empobrecidos y los campesinos ricos y medianos, que «naturalmente» figuraban en la categoría de «pueblo» y «subalternos» podían en ciertas circunstancias actuar a favor de la élite, como ya se ha explicado, y ser por tanto clasificados como tales en algunas situaciones locales o regionales —una ambigüedad que depende del historiador solucionar sobre la base de una lectura fiel y sensata de la evidencia.

LA PROSA DE LA CONTRAINSURGENCIA¹

I

Cuando un campesino se sublevaba en la época del Raj, lo hacía necesaria y explícitamente violando una serie de códigos que definían su misma existencia como miembro de aquella sociedad colonial y, en gran medida, todavía semifeudal. Su subalterinidad se materializaba por la estructura de la propiedad, se institucionalizaba por la ley, se santificaba mediante la religión y se hacía tolerable —e incluso deseable— por la tradición. Sublevarse, por tanto, significaba destruir muchos de los símbolos familiares que había aprendido a leer y a manipular, para poder extraer un significado del duro mundo que le rodeaba y vivir en él. El riesgo de «perturbar el orden» en estas condiciones era tan grande que no podía permitirse embarcarse inconscientemente en un proyecto semejante.

No hallamos en las fuentes primarias ninguna evidencia histórica que sugiera otra cosa. Estas desmienten el mito, repetido tantas veces por una literatura descuidada e impresionista, que las insurrecciones campesinas son puramente espontáneas e impremeditadas. La verdad es casi lo contrario. Sería difícil citar un levantamiento de una escala significativa que no estuviese precedido

1. Agradezco a mis colegas del equipo editorial los comentarios al borrador inicial de este ensayo.

Nota: Para la lista de las abreviaturas utilizadas en las notas a pie de página de este capítulo, véase p. 90.

por formas de movilización menos militantes, cuando había sido imposible encontrar e intentar otros medios, o por conversaciones entre sus dirigentes para valorar seriamente los pros y los contras de cualquier recurso a las armas. En acontecimientos que difieren tanto en contexto, carácter y participación como el *dhing* de Rangpur contra Debi Sinha (1783), la *bidroha* de Barasat dirigida por Titu Mir (1831), el *hool* de Santal (1855) y el «motín azul» de 1860, los protagonistas intentaron en cada caso valerse de peticiones, entrevistas u otras formas de súplica antes de declarar la guerra a sus opresores.² También las revueltas de los Kol (1832), los Santal y los Munda (1899-1900) así como el *dhing* de Rangpur y las insurrecciones en los distritos de Allahabad y Ghazipur durante la rebelión de los cipayos de 1857-1858 (por citar tan sólo dos de los numerosos ejemplos de este tipo) se iniciaron con consultas previas, en algunos casos muy prolongadas entre los representantes de las masas de campesinos locales.³ En efecto, apenas hay ningún caso en que los campesinos, ya sean éstos los cautos y prácticos habitantes de los llanos, ya los supuestamente inconstantemente *adivasis* de las tierras altas, se dejen arrastrar o se precipiten en una rebelión. Tenían demasiado a perder y no se lanzarían a ella más que como un desempeño, aunque desesperado, medio para escapar de una condición de existencia intolerable. En otras palabras, la insurgencia era un empeño motivado y consciente de las masas rurales.

No obstante, esta conciencia parece haber recibido poca atención en la literatura que trata de este tema. La historiografía se ha contentado con ocuparse del rebelde campesino simplemente como un ente empírico o un miembro de una clase, pero no como una entidad cuya voluntad y razón constituían la praxis llamada rebelión. La omisión se encubre en la mayoría de los relatos con me-

2. Los ejemplos son demasiado numerosos como para citarlos todos. Para algunos de ellos véase *MDS*, pp. 46-49 sobre el *dhing* Rangpur; *BC* 54222; Metcalfe & Blunt to Court of Directors (10 de abril de 1832), pp. 14-15 sobre la insurrección Barasat; W.W. Hunter, *Annals of Rural Bengal*, 7ª edición, Londres, 1897, pp. 237-238 y pp. 4 de octubre de 1855; «The Thacoof's Perwannah» para la *hool* Santal C. E. Buckland, *Bengal Under the Lieutenant-Governors*, I, Calcuta, 1901, p. 192 para el «motín azul».

3. Ver, por ejemplo, *MDS*, pp. 579-580; *Freedom Struggle in Uttar Pradesh*, IV, Lucknow, 1950, pp. 284-285, 549.

táforas que asimilan las revueltas campesinas a fenómenos naturales: se manifiestan súbita y violentamente como una tempestad, lo remueven todo como terremotos, se propagan como fuegos en el bosque, infectan como epidemias. En otras palabras, cuando se da la vuelta a los terrones del campo, la cuestión se explica en términos de historia natural. Incluso cuando esta historiografía se ve obligada a presentar una explicación en términos más humanos lo hace asumiendo una identidad de naturaleza y cultura que es signo característico presumiblemente de un estado de civilización muy bajo, y que se ejemplifica en «aquellas explosiones periódicas de crimen y anarquía a las cuales todas las tribus salvajes están sometidas», tal y como dijo el primer historiador de la rebelión de los Chuar.⁴

Se buscará, alternativamente, una explicación a partir de una enumeración de causas —de, por ejemplo, factores de privación económica y política que no tienen nada que ver con la conciencia del campesino o que lo hacen negativamente— que desencadenan la rebelión como una especie de acción refleja, es decir, como una respuesta instintiva y casi inconsciente al sufrimiento físico de una clase u otra (por ejemplo hambre, tortura, trabajo coercitivo, etc.) o como una reacción pasiva a una iniciativa de su enemigo de condición social superior. En cualquiera de los casos, la insurgencia es considerada como algo *externo* a la conciencia campesina y la Causa se erige como sustituto fantasma de la Razón, la lógica de esta conciencia.

II

¿Cómo llegó la historiografía a esta punto ciego particular y por qué no encontró nunca una cura? Como respuesta se podría empezar mirando de cerca los elementos que constituyen esta historiografía y examinando los cortes, costuras y sesgos —los signos de remiendo— que nos hablan del material con que se elab-

4. J.C. Price, *The Chuar Rebellion of 1790*, p. ci. La edición que se ha utilizado en este ensayo es la edición de A. Mitra (ed.), *District Handbooks: Midnapur*, Alipore, 1953, Apéndice IV.

bora y de la forma en que éste se integra en la estructura literaria.

El corpus de la literatura histórica sobre la insurgencia campesina en la India colonial se compone de tres tipos de discursos. Éstos pueden describirse, según el orden de aparición en el tiempo y según su filiación, como *primario*, *secundario* y *terciario*. Cada uno de ellos se diferencia de los otros dos por el grado de identificación formal y/o reconocida (como opuesta a real y/o tácita) con un punto de vista oficial, por el tiempo transcurrido desde el acontecimiento al que se refiere, y por la proporción de componentes distributivos e integradores en su narrativa.

En primer lugar el discurso *primario* es casi sin excepción de carácter oficial —oficial en un amplio sentido del término. Es decir, proviene no sólo de burócratas, soldados, agentes y otros, directamente empleados por el gobierno, sino también de aquellos que no pertenecían al sector oficial pero estaban simbólicamente relacionados con el Raj, tales como planadores, misioneros, comerciantes, técnicos, etc., entre los blancos, y terratenientes y pres-tamistas, entre los nativos. Era también oficial en tanto que su función estaba destinada principalmente al uso administrativo —a la información del gobierno, a su propia acción y a la determinación de su política. Incluso cuando incorporaba manifestaciones que procedían «del otro lado», de los insurgentes o de sus aliados por ejemplo, como hacía con frecuencia por medio de informes dentro del cuerpo de correspondencia oficial, o aun más característicamente, como «documentos adjuntos» a ésta, lo hacía sólo como parte de un argumento guiado por un interés administrativo. En suma, sea cual fuere su forma particular —y existía una sorprendente variedad que iba desde la carta introductoria, los telegramas, los despachos y los comunicados, a los sumarios, las memorias, los juicios y las proclamaciones— su producción y circulación dependían necesariamente de las razones de Estado.

No obstante, otro de los aspectos distintivos de este tipo de discurso es su inmediatez. Esto derivaba de dos condiciones: en primer lugar, las manifestaciones de este tipo se escribían simultánea o inmediatamente después de que tuviese lugar el acontecimiento, y en segundo lugar, lo hacían los mismos participantes, definiendo para este propósito «participante» en el amplio sentido de un con-

temporáneo implicado en el acontecimiento, ya sea como actor o, de forma indirecta, como observador. Esto excluye ese género de literatura retrospectiva en que, como en algunas memorias, un acontecimiento y su recuerdo están separados por un hiato considerable de tiempo, pero deja una gran cantidad de documentación —«fuentes primarias» tal y como se las conoce en la profesión— para que hablen al historiador con una especie de voz ancestral y le hagan sentirse cerca de su sujeto.

Los dos ejemplos que se citan a continuación son seguramente representativos de este tipo de fuentes. Uno de ellos narra la insurrección de Barasat de 1831, mientras que el otro se refiere a la rebelión Santal de 1855.

TEXTO 1⁵

Al Delegado Ayudante del General del Ejército

Señor,

Habiendo llegado al gobierno la información auténtica de que un contingente de *Insurgentes Fanáticos* están ahora cometiendo *las atrocidades más atrevidas y libertinas sobre los habitantes* de la región en los alrededores de Tippy en la Magistratura de Barasat y han desafiado y repellido la tropa que la Autoridad Civil local pudo reunir para su aprehensión, el Honorable Vicepresidente del Consejo me ha dado instrucciones para que os ruegue comunicéis sin dilación al General al mando de la División de la Presidencia las órdenes del Gobierno de que un Batallón Entero de Infantería de Nativos de Barrackpore y dos Baterías equipadas con los complementos necesarios (sic) de Golundaze de Dum Dum, todo bajo el mando de un Oficial de Campo con criterio y decisión, sea inmediatamente dirigido para que se reúna en Barasat donde se les aguardan 11 Havildar y 12 soldados de caballería del 3^{er} Regimiento de la Caballería Ligera que forman ahora la escolta del Honorable Vicepresidente.

5. BC 5422: JC, 22, noviembre de 1831: «Extracto de las Actas del Honorable Vicepresidente del Consejo del Departamento Militar fechado el 10 de noviembre de 1831». *La cursiva es mía*.

2º. El Magistrado se encontrará con el Oficial de Mando del Destacamento en Baraset y le proporcionará la información necesaria relativa a la posición de los Insurgentes; pero sin tener autoridad para interferir en las operaciones Militares que el Oficial al Mando del Destacamento juzgue oportunas, para derrotar o capturar o, en caso de resistencia, destruir a aquellos que perseveren en *desafiar la autoridad del Estado y perturbar la tranquilidad pública*.

3º. Se concluye que el servicio no será de naturaleza prolongada como para que se requiera un mayor suministro de munición más que aquel que se pueda cargar en la Cartuchera y en dos Camiones de Artillería para las Armas, y que no habrá ninguna dificultad con respecto al transporte. En caso contrario todo aquello que se necesite se proporcionará.

4º. El Magistrado ofrecerá asistencia con respecto a los suministros y otros requisitos para las Tropas.

Cámara del Consejo.

Quedo y etc.

10 de noviembre de 1831.

(Edo.) Wm. Casement Cor.

Sec. al Dept. Gob. Mil.

TEXTO 2º

De W.C. Taylor Esq.

A F.S. Mudge Esq.

Fecha el 7 de julio de 1855

Estimado Mudge,

Hay una gran reunión de 4 o 5.000 santals en un lugar a unas 8 millas de aquí y tengo entendido que están bien armados con Arcos y flechas, Sables, Lanzas, etc., y parece que *su intención es la de atacar a todos los europeos, robarlos y asesinarlos. Se supone que la causa es que uno de sus Dioses se ha encarnado y se ha aparecido en algún lugar cerca de aquí, y que su intención es reinar como Soberano de toda esta parte de la India, y ha ordenado a los santal que capturen y den muerte a todos los europeos y Nativos influyentes.*

6. JP. 19 de julio de 1855: Documento adjunto a la carta del Magistrado de Murchidabad, fechado el 11 de julio de 1855. La cursiva es mía.

Como este es el punto más cercano a la reunión, presumo que será el primero atacado y pienso que sería mejor que lo notifiquéis a las autoridades de Berhampore y pidáis asistencia militar ya que no es nada agradable esperar ser asesinado y por lo que puedo saber se trata de un asunto bastante serio.

Sreecond

Vuestro y etc.

7 de Julio de 1855

/Firmado/ W.C Taylor

Nada podría ser más inmediato que estos textos. Escritos mientras los hechos ya eran reconocidos como una rebelión por aquellos que más debían temerla, figuran entre los primeros registros que poseemos en las colecciones de la Biblioteca Oficial de la India y en los Archivos de Estado del Oeste de Bengala. Como muestra el testimonio de la *bidroha* de 1831,⁷ no fue hasta el 10 de noviembre que las autoridades de Calcuta reconocieron la violencia de que se informaba desde la región de Baraset como lo que realmente era: una sangrienta insurrección dirigida por Titu Mir y sus hombres. La carta del Coronel Casement identifica para nosotros el momento en que, el hasta entonces desconocido líder de un campesinado local, salió a la palestra contra el Raj y como resultado de ello entró en la historia. La fecha del otro documento también conmemora un comienzo —el de la *hool* de los Santal. Fue en este mismo día, el 7 de julio de 1855, cuando el asesinato del *daroga* Mahesh a consecuencia de una refriega entre la policía y los campesinos reunidos en Bhagnadihi hizo estallar la insurrección. El informe iba a producir una impresión lo suficientemente fuerte como para que se registrase en la nota apresuradamente escrita en Sreecond por un empleado europeo de la Compañía de Ferrocarriles de las Indias Orientales para información de su colega y del *sarkar*. Estas palabras también transmiten, lo más directamente posible, el impacto de una revuelta campesina sobre sus enemigos en sus primeras horas sanguinarias.

7. BC 54222: JC. 3 de abril de 1832: Alexander a Barwell (28 de noviembre de 1831).

III

Nada tiene de inmediato el siguiente nivel —el del discurso secundario. Éste se inspira en el discurso primario como una fuente pero, al mismo tiempo, lo transforma. Contrastando los dos tipos se podría juzgar el primero como historiografía en estado bruto, primordial, o como un embrión que ha de articularse en un organismo con otros miembros, y el segundo como el producto procesado, aunque sea con una elaboración elemental, un discurso-niño, debidamente constituido.

La diferencia es obviamente una función del tiempo. En la cronología de este corpus particular el secundario sigue al primario a cierta distancia, e inaugura una perspectiva que transforma un acontecimiento en historia no sólo según la percepción de quienes están fuera de él, sino también de los participantes. Esto es lo que Mark Thornhill, magistrado de Mathura durante el verano de 1857 cuando el motín de la Guardia del Tesoro provocó insurrecciones en todo el distrito, iba a reflejar en el alterado estado de su relato, en el que figuraba él mismo como protagonista. Presentaba sus conocidas memorias, *The Personal Adventures And Experiences Of A Magistrate During The Rise, Progress, And Suppression Of The Indian Mutiny* (Londres, 1884) veintisiete años después del acontecimiento:

Después de la supresión del Motín indio, empecé a escribir una versión de mis aventuras... para cuando acabé mi relato, el público ya no tenía ningún interés por el tema. Los años han pasado y han surgido otros tipos de intereses. Los hechos de aquel tiempo se han convertido en historia, y respecto de esa historia mi relato puede significar una contribución... He decidido por tanto publicar mi narración...

Desprovisto de contemporaneidad, el discurso se recupera como un elemento del pasado y se clasifica como historia. Este cambio, tanto de aspecto como de categoría, lo sitúa en la intersección de colonialismo e historiografía, dotándolo de un doble carácter,

vinculado al mismo tiempo a un sistema de poder y al método particular de su representación.

Su autoría es, en sí misma, testimonio de esta intersección, pero Thornhill no fue el único administrador convertido en historiador. Fue uno de los muchos funcionarios, civiles y militares, que escribieron retrospectivamente sobre los disturbios populares en la India rural bajo el Raj. Sus exposiciones, tomadas en conjunto, caen en dos categorías. En primer lugar nos encontramos con aquellas que se basan en la propia experiencia de los escritores como participantes. Estas memorias, de una u otra clase, se escribían considerablemente después de acaecidos los hechos narrados o casi simultáneamente a ellos, pero estaban pensadas, a diferencia del discurso primario, para la lectura del público. La última, y ésta es una importante distinción, muestra cómo la mente colonialista conseguía servir al mismo tiempo a Clio y a la contrainsurgencia, de modo que la supuesta neutralidad de una difícilmente podía dejar de verse afectada por la pasión de la otra, aspecto al que pronto regresaremos. Las reminiscencias de ambas clases abundan en la literatura sobre el Motín, que se ocupaba de la violencia del campesinado (especialmente en las provincias del noroeste y centro de la India) así como de la de los cipayos. Relatos como el de Thornhill, escrito mucho después de los acontecimientos, competían con otros casi contemporáneos como *Service and Adventure with Khakee Rissallah*, o *Meerut Volunteer Horse during the Mutinies of 1857-58* (Londres, 1858), de Dunlop, y *Personal Adventures during the Indian Rebellion in Rohilcund, Fettehghur, and Oudh de Edwards* (Londres, 1858) por citar sólo dos piezas de una vasta producción destinada a satisfacer la demanda de un público que no se saciaba de las historias de horror y gloria.

La otra clase de literatura calificada como discurso secundario es también obra de administradores. Se dirigía también predominantemente a lectores que no eran funcionarios pero se ocupaba de temas que no estaban relacionados directamente con su propia experiencia. Su trabajo incluye algunas de las versiones más ampliamente utilizadas y apreciadas de las insurrecciones campesinas, escritas como monografías sobre hechos particulares, tales como la de Jamini Mohan Ghosh sobre los disturbios de Samnyasi y Faqir y la de J.C. Price sobre la Rebelión de Chuar, o como declaraciones

incluidas en una historia más global, como la historia de la *hool* de los santal de W.W. Hunter en *The Annals of Rural Bengal*. Además, había las excelentes contribuciones hechas por algunos de los mejores talentos del Servicio Civil a los capítulos históricos de los *Distric Gazetteers*. En conjunto constituyen un cuerpo substancial de literatura que goza de mucha autoridad entre los estudiosos del tema y apenas hay ninguna historiografía en el siguiente nivel de discurso, o sea en el terciario, que no se base en ella.

El prestigio de este género se debe en gran medida al aura de imparcialidad que lo rodea. Al mantener su relato más allá de la relación personal, estos autores consiguieron, aunque fuese sólo por implicación, conferirle un aspecto de verosimilitud. Como funcionarios eran sin duda transmisores de la voluntad del estado. Pero desde el momento que escribían sobre un pasado en que no figuraban como funcionarios, sus narraciones se consideran más auténticas y menos segadas que las de aquellos cuyos relatos, basados en sus recuerdos, estaban forzosamente contaminados por su intervención en los disturbios rurales como agentes del Raj. Por contraste a los primeros se les supone haberse aproximado a los acontecimientos que narran desde fuera. Como observadores clínicamente separados del lugar y del sujeto a diagnosticar, se da por supuesto que han encontrado para su discurso un hueco en este reino de la neutralidad perfecta —el reino de la historia— en que presiden el Pretérito Perfecto y la Tercera Persona.

IV

¿Qué validez tiene esta presunción de neutralidad? Para responder a esta pregunta no debemos dar por sentada ninguna tendencia en este tipo de trabajo histórico por el mero hecho que provenga de autores comprometidos con el colonialismo. Aceptarlo como evidente sería negar a la historiografía la posibilidad de reconocer su propia incompetencia y en consecuencia defraudar el propósito del presente ejercicio. Como debería resultar claro de lo que sigue, es precisamente al rehusar *demostrar* lo que parece obvio que los historiadores de la insurgencia campesina quedan atra-

pados —en lo obvio. La crítica debe, por lo tanto, empezar no denunciando una tendencia sino examinando los componentes del discurso, vehículo de toda ideología, por la manera en que pudieran haberse combinado para describir cualquier figura particular del pasado.

Los componentes de ambos tipos de discurso y las variantes discutidas hasta ahora son lo que denominaremos segmentos. Confeccionados con el mismo material lingüístico, es decir, conjuntos de palabras de extensión variable, son de dos clases que pueden designarse, según su función, como indicativos e interpretativos. Esta diferenciación implica asignarles, dentro de un texto, el papel respectivamente de informar y de explicar. Sin embargo, esto no conlleva su segregación mutua. Al contrario a menudo se encuentran asociadas no sólo de hecho sino por necesidad.

Uno puede comprobar en los *Textos 1* y 2 cómo funciona tal imbricación. En los dos, la letra redonda simboliza los segmentos indicativos y la cursiva los interpretativos. Escritos sin ninguna pauta previa, éstos se interpenetran y se sostienen uno a otro para poder dar a los documentos su significado, y en este proceso dotan a algunos de los conjuntos de una ambigüedad que inevitablemente se pierde en esta manera particular de representación tipográfica. Sin embargo, el bosquejo primario de una división de funciones entre las dos clases emerge incluso de este esquema —la indicativa narrando (es decir informando) de las acciones reales y anticipadas de los rebeldes y de sus enemigos, y la interpretativa comentándolas para poder entender (es decir explicar) su significado.

La diferencia entre ellas corresponde a la que existe entre los dos componentes básicos de cualquier discurso histórico que, utilizando la terminología de Roland Barthes, llamaremos *funciones* e *indicios*.⁸ Los primeros son los segmentos que ordenan la secuencia lineal de una narrativa. Contiguos, operan en una relación de solidaridad en el sentido de implicación mutua y reúnen

8. Debo a Roland Barthes muchos de los términos analíticos y procedimientos usados en este artículo y, de manera general, en todo este ensayo, lo cual resultará obvio para todos aquellos familiarizados con su «Análisis Estructural de los Relatos» («*Structural Analysis of Narratives*») y «La Lucha con el Ángel» («*The Struggle with the Angel*») en Barthes, *Image-Music-Text*, Glasgow, 1977, pp. 79-141, y «*Historical Discourse*» en M. Lane (ed.), *Structuralism, A Reader*, Londres, 1970, pp. 145-153.

conjuntos cada vez mayores que se combinan para elaborar la narración agregada. Los segundos se pueden considerar como la suma de microsecuencias a cada una de las cuales, al margen de su importancia, debiera ser posible asignar nombres mediante una operación metalingüística, usando términos que puedan o no pertenecer al texto estudiado. Es así como las funciones de un cuento popular han sido denominadas por Bremond, siguiendo a Propp, como *Fraude*, *Traición*, *Lucha*, *Contrato*, etc., y las de una trivialidad tal como el ofrecimiento de un cigarrillo en una de las historias de James Bond lo han sido por Barthes como *ofrecer*, *aceptar*, *encender*, y *fumar*. Uno quizá pueda seguir el ejemplo de este procedimiento para definir una narración histórica como un discurso con un nombre que subsume un número dado de secuencias identificadas. Por lo tanto debiera ser posible hablar de una narrativa hipotética llamada «La insurrección de Títu Mír» compuesta por un número de secuencias, incluyendo el *Texto I* citado más arriba.

Demos a este documento un nombre y llamémosle *Actas del Consejo de Calcuta* (Alternativas tales como *Estallido de Violencia* o *El ejército Movilizado* podrían usarse también y ser analizables en términos correspondientes, aunque no idénticos, a los que siguen). A grandes rasgos el mensaje *Actas del Consejo de Calcuta* (C) en nuestro texto puede interpretarse como una combinación de dos grupos de secuencias llamadas *alarma* (a) e *intervención* (b), cada una de las cuales está constituido por un par de segmentos —el primero de *la insurrección estalla* (a') e *información recibida* (a'') y el segundo de *decisión de movilizar el ejército* (b') y *orden dada* (b''), cada uno de los constituyentes de cada par está representado a su vez por otra serie concatenada— (a') por *atrocidades cometidas* (a¹) y *autoridad desafiada* (a²), y (b'') por *infantería que actúa* (b¹), *artillería que defiende* (b²) y *magistrado que coopera* (b³). En resumen la narrativa de este documento se puede escribir en tres pasos equivalentes de manera que

$$\begin{aligned} C &= (a + b) \dots\dots\dots I \\ &= (a' + a'') + (b' + b'') \dots\dots\dots II \\ &= (a^1 + a^2) + a'' + b' + (b^1 + b^2 + b^3) \dots\dots\dots III \end{aligned}$$

Debería resultar evidente de esta ordenación que no todos los elementos del paso II pueden expresarse en microsecuencias del mismo orden. Nos encontramos en el paso III con una concatenación en que los segmentos tomados de diferentes niveles del discurso se imbrican para constituir una estructura entrecortada e irregular. Mientras unidades funcionales de categoría inferior como éstas sean lo que una narrativa tiene como su *relata* sintagmático su curso nunca podrá ser uniforme. El hiato entre los segmentos acoplados laxamente se carga necesariamente de imprecisión, con 'momentos de riesgo', y cada microsecuencia termina por abrir posibilidades alternativas, una tan sólo de las cuales será tomada por la siguiente secuencia cuando se prosiga con la historia. 'Du Pont, el futuro compañero de Bond, le ofrece fuego de su encendedor pero Bond lo rechaza; el significado de esta bifurcación es que Bond teme intuitivamente que el artilugio sea una trampa explosiva'.⁹ Lo que Barthes identifica así como 'bifurcación' en la ficción, también tiene un paralelismo en el discurso histórico. La pretendida realización de atrocidades (a¹) en el despacho oficial de 1831 niega la creencia en la propagación pacífica de la nueva doctrina de Títu que las autoridades ya conocían, pero que hasta entonces habían ignorado considerándola sin importancia. La expresión, *autoridad desafiada* (a²), que hace referencia a los rebeldes habiendo 'desafiado y repellido la máxima fuerza que la Autoridad Civil pudo reunir para su captura', tiene como su otro, aunque no explícito, término, sus esfuerzos para persuadir al Gobierno mediante peticiones y delegaciones para que ofrezca reparación por los agravios de sus correligionarios. Y así sucesivamente. Cada una de estas unidades funcionales elementales implica, por lo tanto, un nódulo que no acaba de materializarse en un desarrollo real, una especie de símbolo cero mediante el cual la narrativa afirma su tensión. Y es precisamente porque la historia como representación verbal por el hombre de su propio pasado está por su misma naturaleza tan llena de azar, tan llena de la verosimilitud de elecciones netamente diferenciadas, que nunca cesa de emocionar. El discurso histórico es el 'thriller' más antiguo del mundo.

9. Barthes, *Images-Music-Text*, p. 102.

V

El análisis secuencial muestra que la narración es una concatenación de unidades funcionales no muy estrechamente alineadas. Éstas últimas son disociativas en su operación y enfatizan más el aspecto analítico del discurso que el sintético. Como tales no generan por sí mismas su significado. Del mismo modo que el sentido de una palabra (por ejemplo 'hombre') no está representado parcialmente en cada una de las letras (por ejemplo H, O, M, B, R, E) que componen su imagen gráfica, ni el de una frase (por ejemplo 'érase una vez') en el de las palabras que la constituyen tomadas independientemente, tampoco los segmentos individuales de un discurso pueden decirnos por sí solos lo que significa. En cada ejemplo el significado es obra de un proceso de integración que complementa el de la articulación secuencial. Tal como afirma Benveniste, en cualquier lenguaje «es su disociación la que nos revela su constitución formal y la integración, sus unidades significativas». ¹⁰

Esto es también verdad respecto del lenguaje de la historia. La operación integradora se realiza en su discurso por la otra clase de unidades narrativas básicas, esto es *indicios*, que son un necesario e indispensable correlato de las *funciones* y se distinguen de ellas en algunos aspectos importantes:

Los indicios, debido a la naturaleza vertical de sus relaciones, son unidades verdaderamente semánticas: contrariamente a las 'funciones'... remiten a un significado, no a una 'operación'. La ratificación de los indicios es 'más arriba'... una ratificación paradigmática. La de las funciones, por el contrario, es siempre 'más adelante': es una ratificación sintagmática. *Funciones* e *indicios* recubren así otra distinción clásica: las funciones implican *relata* metonímicos, los indicios *relata* metafóricos: los primeros corresponden

10. Émile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, I, París, 1966, p. 126. «La dissociation nous livre la constitution formelle: l'intégration nous livre des unités significatives» [Hay trad. cast.: *Problemas de lingüística general*, Siglo XXI, México, 1971].

den a una funcionalidad del hacer, los segundos a una funcionalidad del ser.¹¹

La intervención vertical de los indicios en un discurso es posible a causa de la ruptura de su linealidad por un proceso que corresponde a la distaxia en la conducta de muchos lenguajes naturales. Bally, que ha estudiado este fenómeno con detalle, descubre que una de las condiciones de su existencia en francés se produce «cuando las partes de un mismo signo son separadas», la expresión «elle a pardonné», pasada al negativo, se fragmenta y reconstruye como «elle ne nous a jamais plus pardonné».¹²

De forma similar el predicativo simple en Bengali "shé jâbé" puede ser reescrito por la inserción de una forma interrogativa o una sucesión de condicionales negativos entre las dos palabras para producir respectivamente "shé kî jâbé" y "shé nâ hoy nâ jâbé".

En una narración histórica es también un proceso de "distensión y expansión" de su sintagma lo que ayuda a elementos paradigmáticos a infiltrar y reconstituir los segmentos discontinuos en un conjunto lleno de sentido. Es precisamente así como la coordinación de los ejes metonímicos y metafóricos se efectúa en una exposición y se realiza la necesaria interacción de sus funciones e indicios. Sin embargo, estas unidades no se distribuyen en proporciones iguales en todos los textos: algunas son más frecuentes en una categoría que en otra. En consecuencia, un discurso podría ser predominantemente metonímico o metafórico dependiendo de si un número significativamente mayor de sus componentes son ratificados sintagmática o paradigmáticamente.¹³ Nuestro *Texto I* pertenece al primer tipo. Se puede observar la formidable y aparentemente impenetrable disposición de sus *relata* metonímicos en el paso III del análisis secuencial que se ha dado más arriba. Aquí por fin tenemos la autenticación perfecta de la estúpida visión de la historia como una condenada cosa tras otra: *levantamiento* – *información* – *decisión* –

11. Barthes, *Images-Music-Text*, p. 93.

12. Charles Bally, *Linguistique Générale et Linguistique Française*, Berne, 1965, p. 144.

13. Barthes, *Elements of Semiology*, Londres, 1967, p. 60. [Hay trad. cast.: *Elementos de semiología*, Alberto Corazón, Madrid, 1970].

orden. No obstante, un examen más atento del texto puede descubrir rescuicios que permiten “comentarios”, que se abren camino a través de la armadura del “hecho”. Las expresiones en letra cursiva son un testimonio de esta intervención paradigmática y nos dan su medida. Los indicios desempeñan la función de *adjetivos* o *epítetos* en contraposición a los verbos que, por hablar en términos de homología entre sentencia y narración, desempeñan la de funciones.¹⁴ Actuando conjuntamente, convierten el despacho en algo más que un simple registro de sucesos y ayudan a inscribirle un significado, una interpretación para que los protagonistas emerjan de ella no como campesinos sino como «*Insurgentes*» no como Musalman sino como «*fanáticos*»; su actuación, no como resistencia a la tiranía de la élite rural sino como «*las atrocidades más atrevidas y libertinas sobre los habitantes*»; su proyecto, no como una revuelta contra los zamindari sino como «*deixar la autoridad del Estado*», no como la búsqueda de un orden alternativo en que la paz del campo no fuese violada por la anarquía oficialmente tolerada del sistema de los terratenientes señefundales sino como «*perturbar la tranquilidad pública*».

Si la intervención de los indicios «*substituye el significado por una copia directa de los acontecimientos narrados*»,¹⁵ en un texto tan cargado de metonimia como el que hemos discutido, pueden confiarse en que lo hará en grado todavía mayor en discursos que son predominantemente metafóricos. Esto debiera resultar evidente en el *Texto 2* donde el elemento de comentario, puesto en cursiva por nosotros, tiene más importancia que el de informe. Si éste está representado como una concaenación de tres secuencias funcionales, es decir, *reunión de santal armados, que se alerte a las autoridades, petición de ayuda militar*, se puede observar como el primero se ha separado del resto por la introducción de un amplio fragmento de material explicativo y como los otros dos también se envuelven y se rematan con comentarios. El último está inspirado por el temor que Sreecond, siendo «*el punto más cercano a la reunión... será el primero atacado*» y desde luego «*no es nada agradable esperar ser asesinado*». Fijaos, sin embargo, que este temor se justifica a sí mismo *políticamente*, esto es, imputando a los santal

14. Barthes, *Images-Music-Text*, p. 128.

15. Barthes, *Images-Music-Text*, p. 119.

una «*intención de atacar... robar... y dar muerte a todos los europeos y Nativos influyentes*» a fin de que «*uno de sus Dioses*» con apariencia humana pueda «*reinar como Soberano en toda esta parte de la India*». Por consiguiente, este documento no es neutral en su actitud respecto a los acontecimientos de que da testimonio y que presenta como “evidencia” ante el tribunal de la historia, en el que no se puede esperar que testifique con imparcialidad. Bien al contrario, es la voz del colonialismo comprometido. Ha hecho ya su elección entre la perspectiva de un autogobierno de los santal en Damin-i-Koh y la continuación del Raj británico e identifica lo que es bueno para la promoción del primero como temible y catastrófico para el otro —como «*un asunto bastante serio*». En otras palabras los indicios en este discurso —así como del discutido más arriba— nos introducen en un código particular constituido de tal modo que para cada uno de sus signos tenemos un antónimo, un contra-mensaje, en otro código. Si tomamos en préstamo la representación binaria que hizo famosa Mao Tse-tung,¹⁶ la lectura, «*Es terrible!*» para cualquier elemento de uno debe aparecer en el otro como «*Es magnífico!*» para un elemento correspondiente y viceversa. Para expresar esta oposición de códigos gráficamente se pueden ajustar los indicios escritos en cursiva de los *Textos 1 y 2* en una matriz llamada “TERRIBLE” (de acuerdo con el atributo adjetival de unidades de esta clase) de tal manera que indique su relación con los términos implicados, pero no manifiestos (escritos en redonda) de una matriz correspondiente a “MAGNÍFICO”.

TERRIBLE	MAGNÍFICO
<i>Insurgentes</i>	campesinos
<i>fanático</i>	puritano islámico
<i>las atrocidades más atrevidas</i>	
<i>y libertinas sobre los habitantes</i>	resistencia a la opresión

16. *Selected Works of Mao Tse-tung*, vol. I, Pekín, 1967, pp. 26-27. [Hay trad. cast.: *Obras escogidas de Mao Tse-tung*, Fundamentos, Madrid, 1974].

desafío a la autoridad del Estado revuelta contra los zamindari

perurbación de la tranquilidad pública

lucha por un orden mejor

intención de atacar, etc.

intención de castigar
a los opresores

*uno de sus Dioses reinará
como Soberano*

autogobierno de los santal

Lo que se desprende del juego de estas matrices mutuamente relacionadas pero opuestas es que nuestros textos no son registros de observaciones no contaminadas por tendencias, juicios y opiniones. Al contrario, hablan de una complicidad total. Ya que si las expresiones de la columna de la derecha agrupadas puede decirse que implican la insurgencia, el código que contiene todos los significantes de la práctica subalterna de “subvertir el mundo” y de la conciencia que lo informa, entonces la otra columna debe representar su opuesto, esto es, la contrainsurgencia. El antagonismo entre las dos es irreducible y no deja ninguna opción a la neutralidad. De ahí que estos documentos no tengan sentido salvo en términos de un código de pacificación que, bajo el Raj, era una combinación de intervención coercitiva del Estado y de sus protegidos, la élite nativa, con armas y con palabras. Representativos del tipo de discurso primario en la historiografía de las revueltas campesinas, son ejemplos de la prosa de la contrainsurgencia.

2

¿Hasta qué punto el discurso secundario comparte tal compromiso? ¿Le es posible hablar en otra prosa que no sea la de la con-
transigencia? Las narraciones pertenecientes a esta categoría en
que sus autores figuran entre los protagonistas son sospechosas
casi por definición, y la presencia de la primera persona gramatical
debe reconocerse como un signo de complicidad. Sin embargo, la

cuestión es si la pérdida de objetividad en estos relatos está adecuadamente disfrazada por el uso del verbo en pasado perfecto. Ya que como observa Benveniste, la expresión histórica admite tres variantes de tiempos pasados, es decir, el perfecto, el imperfecto y el pluscuamperfecto, quedando el presente excluido por completo.¹⁷ Esta condición se satisface con reminiscencias separadas por un hiato de tiempo lo suficientemente grande de los acontecimientos afectados. Lo que debe averiguarse, por tanto, es hasta qué punto la fuerza del pretérito corrige la tendenciosidad causada por la ausencia de la tercera persona.

Las memorias de Mark Thornhill sobre el Molín nos proporcionan un texto en que el autor evoca una serie de acontecimientos que había experimentado hacía veintisiete años. «Los acontecimientos de aquel tiempo» se habían «convertido en historia», y él pretende, como dice en el extracto citado más arriba, contribuir «a esa historia», y producir así lo que hemos definido como un tipo particular de discurso secundario. La diferencia que ha originado en él este intervalo tal vez se pueda apreciar mejor si se compara con algunos ejemplos de discurso primario que tenemos sobre el mismo tema y del mismo autor. Dos de éstos¹⁸ pueden leerse conjuntamente como un testimonio de su percepción de los hechos acaecidos en la base sadar de Mathura y en la comarca circundante entre el 14 de mayo y el 3 de junio de 1857. Escritas por él, tocado con el sombrero de magistrado del distrito, y destinadas a sus superiores —una el 5 de junio de 1857, es decir, a cuarenta y ocho horas de la fecha final del período de qué hablamos, y la otra el 10 de agosto de 1858, cuando los acontecimientos eran todavía un recuerdo vivido como un pasado reciente— estas cartas coinciden automáticamente con el relato que cubre las mismas tres semanas en las primeras noventa páginas de su libro, escrito casi tres décadas después, tocado con el sombrero de historiador.

Ambas cartas son de carácter predominantemente metonímico. Concebidas como *fiction*, casi desde el interior de la experiencia misma que cuentan, son necesariamente como esbozos y hablan al lector en rápidas secuencias de algunos de los acontecimientos de

17. Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, p. 239.

18. *Freedom Struggle in Uttar Pradesh*, vol. V, pp. 685-692.

aquel extraordinario verano. Por tanto el sintagma asume una apariencia factual, sin apenas dar lugar al comentario. Pero aquí también puede advertirse que la fusión de las unidades funcionales, si se mira de cerca, es menos sólida de lo que parece a primera vista. Incurtidos en ellas hay indicios que revelan la angustia del custodio local de la ley y el orden («el estado del distrito es tal que *desafía cualquier intento de control*; «la ley está en *punto muerto*»), sus temores («rumores muy alarmantes sobre la aproximación del ejército rebelde»), su desaprobación moral de las actividades de los campesinos armados («los disturbios en el distrito... aumentan... en... *enormidad*»), su aprecio por contraste de los colaboradores nativos hostiles a los insurgentes («... la casa de Seths... *nos recibió amablemente*»). Indicios como éstos, son marcas ideológicas que aparecen prominentemente en este tipo de material relativo a las revueltas campesinas. Si se examinan en conjunto con otras características textuales relevantes —por ejemplo, el modo abrupto de expresión de estos documentos, tan revelador de la conmoción y el terror causado por la revuelta— acusan a la supuesta evidencia “objetiva” sobre la militancia de las masas rurales de estar tarada en su origen por el prejuicio y la visión partidista de sus enemigos. Si los historiadores no prestan atención a esos signos reveladores marcados sobre la materia prima de su oficio, ello deberá explicarse en términos de la óptica de la historiografía colonial en lugar de interpretarlo a favor de la supuesta objetividad de sus “fuentes primarias”.

No hay nada inmediato o abrupto en el correspondiente discurso secundario. Por el contrario, contiene en su interior distintas perspectivas para darle una profundidad en el tiempo y, como resultado de esta determinación temporal, un sentido. Comparemos la narración de los acontecimientos en las dos versiones de cualquier día concreto —tomemos, por ejemplo, el 14 de mayo de 1857, al comienzo de nuestro período de tres semanas. Narrado en un párrafo muy breve de cincuenta y siete palabras en la carta de Thornhill del 10 de agosto de 1858, puede representarse plenamente en cuatro segmentos concisos sin que se produzca una pérdida significativa del mensaje: *amolinados aproximándose; información recibida de Gurgaon; confirmada por los europeos del norte del distrito; mujeres y no combatientes enviados a Agra. Como la*

narración comienza, a efectos prácticos, con esta entrada, no hay exordios que le sirvan de contexto, lo cual da a este arranque instantáneo un sentido, como hemos observado, de sorpresa total. En el libro, sin embargo, este mismo instante está acompañado por unos antecedentes que se extienden a lo largo de cuatro meses y medio y de tres páginas (pp. 1-3). Todo este tiempo y este espacio están dedicados a algunos detalles cuidadosamente elegidos de la vida y experiencia del autor durante el período que precedió al Motín. Estos resultan ser realmente *significativos*. Como indicios preparan al lector para lo que vendrá y le ayudan a *entender* los sucesos del 14 de mayo y posteriores, cuando éstos se introducen en la narración en etapas escalonadas. Así la misteriosa circulación de chapatis en enero y la callada pero expresiva preocupación del hermano del narrador, un funcionario superior, acerca de un telegrama recibido en Agra el 12 de mayo que comunicaba las noticias aún no confirmadas de la insurrección de Meerut, presagian los acontecimientos de dos días más tarde en las bases de su propio distrito. Por otra parte las trivialidades sobre sus “grandes ingresos y autoridad”, su casa, caballos, criados, “una cómoda llena de vajilla de plata en el salón... una gran provisión de chales de cachemir, perlas, y diamantes”, todo ayuda a indiciar, por contraste, el holocausto que iba pronto a reducir su autoridad a la nada, y a convertir a sus criados en rebeldes, su casa en un desorden, su propiedad en un botín para los saqueadores pobres de la ciudad y del campo. Al prever los acontecimientos narrados, aunque sea por implicación, el discurso secundario destruye la entropía del primero, su materia prima. De ahora en adelante no existirá nada en la historia que pueda decirse que resulte totalmente imprevisto.

Este efecto es obra de los llamados “shifters o conectores”¹⁹ que ayudan al autor a superponer una temporalidad propia a la de su tema, es decir, «a “destemporalizar” el hilo narrativo histórico y re-

19. Para la exposición de Roman Jakobson sobre este concepto clave, ver sus *Selected Writings*, 2: *Word and Language*, La Haya y París, 1971, pp. 130-147 [Hay trad. cast.: *Obras selectas*, Grekos, Madrid, 1988, 2 vol.]. Barthes desarrolla la noción de cambios (shifters) de organización en su ensayo «Historical Discourse», pp. 146-148. Todos los extractos citados en este párrafo han sido tomados de este ensayo, si no se dice lo contrario.

cuperar, aunque sea a modo de reminiscencia o de nostalgia, un Tiempo a la vez, complejo, paramétrico, y no lineal... entrelazando la cronología de la materia con la del acto de lenguaje que la relaciona». En el caso presente el cruce no sólo consiste en adaptar un contexto evocativo a la simple secuencia narrada en el breve párrafo de su carta. Los "shifters" rompen el sintagma por dos veces para insertar en la ruptura, en ambas ocasiones, un momento de tiempo del autor suspendido entre dos polos de "espera", una figura constituida idealmente para permitir un juego de digresiones, apartes y paréntesis que forman nudos y zigzags en una línea histórica y le añaden con ello profundidad. Así, mientras aguarda las noticias acerca de los movimientos de los amotinados, reflexiona sobre la paz al comienzo del atardecer en la base de sadar y se aparta de su narración para contarnos, violando el canon historiográfico de tiempo y persona: «La escena era simple y llena de la calma de la vida de Oriente. Volvió a menudo a mi mente en los tiempos que siguieron». Y, otra vez, mientras espera más tarde el transporte que ha de llevarse a los evacuados reunidos en su salón, se evade de aquella noche particular con unas pocas palabras para comentar: «Era una hermosa habitación, muy luminosa, alegrada con flores. Fue la última vez que la vi así, y así permanece impresa en mi memoria».

¿Cómo ayuda la operación de estos "shifters" a corregir los sesgos resultantes de la intervención del escritor en primera persona? No mucho según lo que hemos visto. Porque cada uno de los indicios introducidos en la narrativa representa una elección de principio entre los términos de una oposición paradigmática. Entre la autoridad del jefe del distrito y el desafío de las masas armadas, entre el servilismo habitual de sus criados y su afirmación de autoestima como rebeldes, entre los signos de su riqueza y poder (como oro, caballos, chales, quintas) y su apropiación o destrucción por las turbas subalternas, el autor, apenas distinguible del administrador que era veintisiete años atrás, elige siempre lo primero. La nostalgia hace su elección todavía más elocuente —un recuerdo de lo que se considera que era "magnífico", como una tarde apacible o una habitación elegante, enfatizando por contraste los aspectos "terribles" de la violencia popular dirigida contra el Raj. Hay una lógica muy clara en esta preferencia. Se afirma a sí misma al negar una serie de inversiones que, combi-

nadas con otros signos del mismo orden, constituyen un código de insurgencia. La pauta de la elección del historiador, idéntica a la del magistrado, conforma de este modo un contra-código, el código de la contrainsurgencia.

VII

Si el efecto neutralizador del pasado no prevalece sobre la subjetividad del protagonista como narrador en este género particular de discurso secundario, ¿de qué manera se manifiesta el equilibrio entre tiempo y persona en el otro tipo de escrito dentro de la misma categoría? Se puede ver aquí la acción de dos lenguajes distintos, ambos identificados con el punto de vista del colonialismo pero distintos en la manera de expresarlo. La variedad más elemental está bien representada en *La rebelión de los Chuar de 1799* (*The Chuar Rebellion of 1799*) de J. C. Price. Escrito mucho después de que el acontecimiento tuviese lugar, en 1874, el autor, en aquel tiempo funcionario de Asentamiento de Midnapur, pretendía proporcionar una narración histórica sencilla sin ningún objetivo administrativo. La dirigía al «lector ocasional», así como «a cualquier futuro recaudador de Midnapore», esperando compartir con ambos «el profundo interés que he sentido leyendo los antiguos documentos de Midnapore».²⁰ Pero el «placer» del autor, «experimentado al sumergirse en estos papeles» parece haber producido un texto casi imposible de distinguir del discurso primario que ha utilizado como fuente. Éste último se hace notar, para empezar, por su considerable presencia física. Cerca de una quinta parte de esta mitad del libro que trata específicamente de los acontecimientos de 1799 está compuesta de citas directas de los documentos y otra gran parte, de resúmenes apenas modificados. Más importante para nosotros, sin embargo, es la evidencia que tenemos de cómo el autor identifica sus propios sentimientos con los de aquel pequeño grupo de blancos que estaban recogiendo la tormenta que era fruto de los vientos del cambio violentamente disruptivo que el Gobierno de la Compañía había sembrado en el su-

20. Price, *The Chuar Rebellion of 1799*, p. CLX.

roeste de Bengala. Tan sólo el miedo de los oficiales situados en la base de Midnapur en 1799 se transforma setenta y cinco años después en este odio genocida característico de los escritos británicos posteriores al molín. «La falta de interés de las autoridades, civiles o militares, para proceder en persona a ayudar a sofocar los disturbios resulta sorprendente», escribe avergonzando a sus compatriotas y sigue entonces jactándose: *

En nuestros días de armas de retrocarga media docena de europeos habrían sido bastante para veinte veces este número de Chuars. Por supuesto que con la naturaleza imperfecta de las armas de aquellos días no podía esperarse que los europeos se lanzasen en vano al peligro, pero debía haberse esperado que los funcionarios europeos de la base hubiesen, por lo menos en algunas ocasiones, buscado y atacado personalmente y rechazado a sus asaltantes. Me sorprende que ningún funcionario europeo, civil o militar, a excepción tal vez del teniente Gill, tuviese esa sensación de alegre entusiasmo que la mayoría de jóvenes sienten hoy en los deportes de campo, o en cualquier actividad donde haya un elemento de peligro. Pienso que muchos de nosotros, si hubiésemos vivido en 1799, habríamos considerado mejor deporte atrapar a un merolador chuar oliendo a sangre y despojos que al mayor oso que las junglas de Midnapore puedan criar.²¹

Está claro que la separación del autor de su tema y la diferencia entre el tiempo del acontecimiento y el de su narración han servido de poco para inspirarle objetividad. Su pasión es aparentemente del mismo orden que la del soldado británico que escribía en vísperas del saqueo de Delhi en 1857: «Yo sinceramente confío en que la orden que se nos dé cuando ataquemos Delhi será... "Matadlos a todos; no hay que dar cuartel"». ²² La actitud del historiador hacia los rebeldes es en este caso indistinguible de la del Estado —la actitud del cazador en relación con su presa. Mirado así un insurgente no es un objeto de comprensión o interpretación

sino de exterminio, y el discurso de la historia, lejos de ser neutral, sirve directamente para instigar la violencia oficial.

Sin embargo, se sabe que había otros escritores que trabajaban en el mismo género y se expresaron en un lenguaje menos sanguinario. Uno de los mejores representantes de este tipo es W.W. Hunter en su relato de la insurrección de los santal de 1855, *The Annals of Rural Bengal*. Éste es, en muchos aspectos, un texto notable. Escrito una década después del Molín y doce años después de la *hool*,²³ no tiene el tono revanchista y racista común en buena parte de la literatura anglo-india del período. El autor trata a los enemigos del Raj no sólo con consideración sino con respeto, aunque le hubiesen echado de tres distritos del este en cuestión de semanas y hubiesen resistido durante cinco meses al poder combinado del ejército colonial y de sus nuevos auxiliares —los ferrocarriles y el "telégrafo eléctrico". Como uno de los primeros ejercicios modernos en la historiografía de las revueltas campesinas indias, sitúa la insurrección en un contexto cultural y socioeconómico, analiza sus causas, y toma de la documentación local y de los relatos contemporáneos las evidencias de su progreso y su eventual supresión. Aquí tenemos, según todas las apariencias, un ejemplo clásico de cómo el sesgo y las opiniones del propio autor se eslabonarán bajo la acción del tiempo pasado y de la tercera persona. Aquí, quizás, el discurso histórico se ha encontrado a sí mismo y ha alcanzado ese ideal de un «modo de narrativa... impersonal... diseñado para eliminar la presencia del interlocutor».²⁴

Esta apariencia de objetividad, de falta de un sesgo demostrable, no tiene sin embargo nada que ver con «los hechos hablando por sí mismos» en un estado de pura metonimia sin mancha de comentario. Al contrario, el texto está lleno de comentarios. Basta compararlo con algo como el artículo casi contemporáneo sobre este tema en la *Calcutta Review* (1856), o incluso con la historia de la *hool* de K.K. Datta, escrita mucho después de su supresión, para

21. Price, *The Chuar Rebellion of 1799*, p. CXX.

22. Reginald G. Wilberforce, *An Unrecorded Chapter of the Indian Mutiny*, 2ª edición, Londres, 1894, pp. 76-77.

23. Se deduce de una nota de esta obra que fragmentos de ella fueron escritos en 1866. La dedicatoria está fechada el 4 de marzo de 1868. Todas nuestras referencias corresponden al capítulo IV de la séptima edición (Londres, 1897) a menos que se indique de otra forma.

24. Barthes, *Image-Music-Text*, p. 112.

percatarse de cuán poco hay en ella de los detalles de lo que realmente sucedió.²⁵ En efecto la narración de los acontecimientos ocupa en el libro sólo el 7 por 100 del capítulo que nos conduce hacia ellos y algo menos del 50 por 100 del texto dedicado específicamente al tema dentro de este capítulo. El sintagma se quiebra una y otra vez por distaxia y la interpretación se filtra para combinar los segmentos en un conjunto significativo de carácter principalmente metafórico. La consecuencia de esta operación, que es especialmente relevante para nuestro propósito, es la manera en que distribuye los *relata* paradigmáticos a lo largo de un eje de continuidad histórica, entre un "antes" y un "después", ampliándolo con un contexto y prolongándolo en una perspectiva. La representación de la insurgencia termina así alcanzando su momento intercalado entre su pasado y su futuro, de modo que los valores particulares de uno y otro son introducidos en el acontecimiento para darle un significado específico.

VIII

Para empezar por el contexto, dos tercios del capítulo que culmina con la historia de la insurrección están dedicados a un relato inaugural de lo que se puede denominar la historia natural de sus protagonistas. Se trata de un ensayo etnográfico que habla de las características físicas, lenguaje, tradiciones, mitos, religión, rituales, hábitat, medio ambiente, prácticas de caza y agricultura, organización social y gobierno comunal de los santal de la región de Birbhum. Hay aquí muchos detalles que marcan el inicio del conflicto como un choque de contrarios entre los nobles salvajes de las colinas y los malvados explotadores de las llanuras; referencias a su dignidad personal («no se humillan como los hindúes rurales»; las mujeres santal «desconocen los tímidos remilgos de las hembras hindúes», etc.) que implican el contraste entre su supuesta reducción a servidumbre por los prestamistas hindúes y su honestidad

25. Anon., «The Santal Rebellion», *Cutana Review*, 1856, pp. 223-264; K.K. Datta, «The Santal Insurrection of 1855-57», en *Anti-British Plans and Movements before 1857*, Meerut, 1970, pp. 43-152.

(«A diferencia del hindú, nunca piensa en ganar dinero a costa de un forastero, evita escrupulosamente toda cuestión de negocios, y se aflige si se le insiste en que acepte un pago por la leche y la fruta que su esposa ofrece»), la codicia y el fraude de los comerciantes y terratenientes extranjeros conduce eventualmente a la insurrección, su alejamiento («Los santal viven tan alejados como los es posible de los hindúes»), la intrusión de los *dika* en su vida y en su territorio y el holocausto que inevitablemente se siguió de ello.

Estos indicios dan al levantamiento no sólo una dimensión moral y unos valores de guerra justa, sino también una profundidad temporal. Ésta se obtiene mediante una operación de marcadores diacrónicos en el texto —un pasado imaginario, por la creación de mitos (apropiado para una empresa que se inicia por consejo de Thakur) y un pasado real pero remoto (que cuadra con una vuelta empapada de tradición), bajo la capa de la prehistoria en los rituales y en el habla, con la ceremonia de «Purificación para el muerto» de los santal mencionada como vestigio de «una memoria vaga del tiempo lejano en que habitaban junto a grandes ríos» y su lenguaje como «ese documento intangible donde el pasado de la nación está esculpido más profundamente que sobre tablas de cobre o en inscripciones en la roca».

A medida que se aproxima al acontecimiento el autor le añade un pasado reciente que cubre aproximadamente un período de sesenta años de «administración directa» en el área. Los aspectos morales y temporales del relato se funden aquí en la figura de una contradicción irreconciliable. Por una parte existían, según Hunter, una serie de medidas benéficas introducidas por el gobierno: el Asentamiento Deconal que ayuda a extender el área cultivada e induce a los santal, desde 1792, a alquilarse como trabajadores agrícolas; la creación, en 1832, de un cercado de pilares de nanopostera donde podían colonizar tierra y selva vírgenes sin el temor de ser acosados por las tribus hostiles; el desarrollo de la «empresa inglesa» en Bengala en la forma de factorías de indigo a las cuales «los inmigrantes santal proporcionaron una población de jornaleros»; y el último, pero no menos importante, de los beneficios, su entrada a miles en las cuadrillas para la construcción del ferrocarril de la región en 1854. Pero había también, por otra parte, dos series de factores que se combinaban para anular todo el bien re-

sultante del gobierno colonial, esto es, la explotación y la opresión de los santal por los codiciosos y defraudadores terratenientes, prestamistas y comerciantes hindúes, y el fracaso de la administración local, su policía y sus tribunales para protegerles o remediar los agravios que sufrían.

IX

Este énfasis en la contradicción sirve obviamente para un propósito interpretativo del autor. Le permite situar la causa del levantamiento en el fracaso del Raj en conseguir que sus aspectos de mejora prevalecieran sobre los defectos y las limitaciones que persistían en su ejercicio de la autoridad. La narración del acontecimiento se ajusta directamente al objetivo manifestado al principio del capítulo, esto es, el de hacer que interese no sólo a los estudiosos «de estas estirpes atrasadas» sino también a los políticos. «El estadista indio descubrirá», había escrito refiriéndose eufemísticamente a los responsables de la política británica en la India, «que estos Hijos del Bosque pueden... ser sensibles a las mismas influencias de reforma que el resto de los hombres, y que la futura extensión de la empresa inglesa en Bengala depende en gran medida de su capacidad para la civilización». Es esta preocupación por la «reforma» (es decir, acelerar la transformación de los campesinos tribales en trabajadores a sueldo y aprovecharse de ellos para proyectos colonialistas de explotación de los recursos indios) lo que explica la mezcla de firmeza y «comprensión» en la actitud de Hunter con respecto a la rebelión. Siendo un imperialista-liberal, la veía a la vez como una amenaza a la estabilidad del Raj y como una crítica útil de una administración que estaba lejos de ser perfecta. Así, mientras censuraba al gobierno de aquella época por no haber declarado la ley marcial más pronto con el fin de reducir la *hool* desde el principio, se mostraba cauto para diferenciarse de aquellos de sus compatriotas que querían castigar a la comunidad entera de los santal por el crimen de los rebeldes y deportar a ultramar a toda la población de los distritos implicados. Imperialista previsor, aguardaba el día en que la tribu, como muchos otros pueblos aborígenes del subcontinente, demostrase su «capacidad para

la civilización» actuando como una fuente inagotable de mano de obra barata.

Esta visión se inscribe en la perspectiva con que la narración concluye. Culpaando directamente del estallido de la *hool* a aquella «administración práctica y barata» que ignoró las quejas de los santal y se preocupó tan sólo de la recaudación de impuestos, sigue catalogando los un tanto ilusorios beneficios del «sistema más justo que se introdujo después de la revuelta» para mantener el poder de los usureros sobre los deudores dentro de los límites de la ley, desterrar el uso de pesos y medidas falsos en la venta al por menor, y asegurar el derecho de los trabajadores forzados a escoger la libertad por deserción o por cambio de patrones. Pero más que la reforma administrativa fue nuevamente la «empresa inglesa» la que contribuyó radicalmente al bienestar de la tribu. El ferrocarril «transformó completamente la relación del trabajo con el capital» y eliminó aquella «razón natural para la esclavitud»: a saber, «la falta de un fondo de salarios para los trabajadores libres». La demanda de trabajo de las plantaciones en los distritos de té de Assam «estaba destinada a mejorar todavía más la posición de los santal», al igual que el estímulo para contratar culís para Mauricio y para las islas de Caribe. Fue así como el campesino tribal prosperó gracias al desarrollo de un vasto mercado de trabajo en el Imperio británico, tanto en el subcontinente como en ultramar. En los huertos de té de Assam «su familia entera puede conseguir empleo, y cada niño que nace, en vez de incrementar la pobreza de la familia, se convierte en una fuente de riqueza», mientras los culís volvían de África o de las Indias Occidentales «cuando expiraba su contrato con ahorros de unas 20 libras esterlinas, una suma suficiente para que un santal se convirtiera en un importante propietario en su propio pueblo».

Muchas de estas llamadas mejoras eran, como sabemos ahora, volviendo la vista un siglo atrás, el resultado de simples ilusiones o tan efímeras como para no importar en absoluto. La conexión entre la usura y el trabajo forzado continuó durante todo el dominio británico, e incluso en la India independiente. La libertad del mercado de trabajo estaba seriamente restringida por la falta de competencia entre el capital británico y el indígena. El empleo de familias tribales en las plantaciones de té llegó a ser una fuente de cinca ex-

plotación del trabajo de las mujeres y los niños. Las ventajas de la movilidad y la contratación quedaban anuladas por las irregularidades en el proceso de reclutamiento y por la manipulación de los factores contrarios de dependencia económica y diferenciación social por *arkatis*. El sistema de contrato a largo plazo, como el de los cultos, sirvió menos para liberar trabajo servil que para desarrollar una especie de segunda servidumbre, y así lo demás.

No obstante esta visión que nunca llegó a materializarse ofrece una vía de penetración en el carácter de este tipo de discurso. La perspectiva que lo inspiró implicaba de hecho un acto de fe en el colonialismo. La *hool* fue asimilada aquí a la carrera del Raj y la actuación militante de los campesinos tribales para liberarse del triple yugo de los *sarkari*, *sahukari* y *zamindari* a la «empresa inglesa» —la infraestructura del Imperio. De aquí que el objetivo manifestado al principio de la narración podía reiterarse hacia el final con el autor diciendo que había escrito al menos, «en parte por la instrucción que su [de los santal] historia reciente proporciona acerca del método mejor para tratar con las razas aborígenes». La supresión de las revueltas campesinas locales era una parte de este método, pero era incorporada ahora a una estrategia más amplia diseñada para abordar los problemas económicos del Gobierno Británico en la India como un elemento de los problemas globales de la política imperial. «Éstos son los problemas», dice Hunter al concluir el capítulo, «que los estadistas indios tendrán que resolver durante los cincuenta próximos años. Sus predcesores han dado la civilización a la India; será ahora su deber hacer que esa civilización resulte beneficiosa para los nativos y segura para nosotros». En otras palabras esta historiografía se asignaba un papel en el proceso político que debía garantizar la seguridad del Raj mediante una combinación de fuerza para reprimir la rebelión donde surgiese y de reforma para prevenirla, sacando al campesinado tribal de sus bases rurales y distribuyéndolo como mano de obra barata para que el capital británico la explotase en la India y fuera de ella. La prosa agresiva y vigorosa de la contrainsurgencia, nacida de las preocupaciones de los primeros tiempos coloniales, vino a adoptar en este género de literatura histórica el idioma firme pero benigno, autoritario pero comprensivo, de un imperialismo maduro y seguro de sí mismo.

X

¿Cómo es que incluso el discurso secundario de tono más liberal es incapaz de liberarse del código de la contrainsurgencia? Con todas las ventajas que tiene escribir en tercera persona y dirigirse a un pasado distante, el funcionario convertido en historiador está todavía lejos de ser imparcial allí donde están implicados los intereses oficiales. Su simpatía por el sufrimiento de los campesinos y su comprensión de lo que les incitaba a rebelarse, no le impide, cuando llega la crisis, defender la causa de la ley y el orden y justificar el traspaso de la campaña contra la *hool* de manos civiles a militares para poder sofocarla completa y rápidamente. Como se ha visto más arriba, su simpatía por la rebelión estaba contrarrestada por su compromiso con los objetivos e intereses del régimen. El discurso de la historia, apenas distinguible del político, acaba por absorber los compromisos y objetivos de éste.

En esta afinidad con la política, la historiografía revela su carácter como una forma de *conocimiento colonialista*. Es decir, deriva directamente de ese conocimiento que la burguesía había utilizado durante el período de su ascenso para interpretar el mundo con el fin de dominarlo y establecer su hegemonía sobre las sociedades occidentales, pero que convirtió en un instrumento de opresión nacional cuando empezó a ganarse «un lugar al sol». Fue así como esa ciencia política, que había definido el ideal de ciudadanía para las naciones-estado europeas, fue usada en la India colonial para establecer instituciones y articular leyes pensadas específicamente para crear una ciudadanía mitigada y de segunda clase. La economía política que se había desarrollado en Europa como una crítica del feudalismo se usó para promover un sistema de tenencia de la tierra neo-feudal en la India. La historiografía también se adaptó a las relaciones de poder bajo el Raj y fue utilizada cada vez más para el servicio del estado.

Fue gracias a esta conexión, y a mucho talento para sostenerla, que la literatura histórica sobre temas del período colonial tomó forma como un discurso muy codificado. Actuando dentro del marco de una afirmación diversificada del dominio británico en el

subcontinente, asumió la función de representar el pasado más reciente de su pueblo como la "Obra de Inglaterra en la India". Era un discurso de poder que mostraba cada uno de sus momentos como un triunfo, esto es, como el resultado más favorable para el régimen de una serie de posibilidades en conflicto. En su forma madura, por tanto, como en los *Annals* de Hunter, la continuidad figura como uno de sus aspectos necesarios y cardinales. A diferencia del discurso primario no puede ser un esbozo sin consecuencia. El acontecimiento no constituye su único contenido, sino que es el término medio entre un principio que sirve como contexto y un final que es al mismo tiempo una perspectiva enlazada a la siguiente secuencia. El único elemento que es constante en estas series ininterrumpidas es el Imperio y la política que se precisa para salvaguardarlo y perpetuarlo.

Funcionando como lo hace dentro de este código, Hunter, pese a la buena voluntad solemnemente anunciada en su dedicatoria («Estas páginas... tienen poco que decir con respecto de la raza gobernante. Me ocupo del pueblo») relata la historia de una lucha popular como un conflicto donde el sujeto real no es la gente sino, por el contrario, «la raza gobernante» institucionalizada como el Raj. Como cualquier otra narración de este género su relato de la *hool* se hace para celebrar una continuidad —la del poder británico en la India! La exposición de causas y reformas no es nada más que un requisito estructural para este *continuum* al que proporcióna, respectivamente, contexto y perspectiva. Éstos sirven admirablemente para registrar el acontecimiento como un dato en la historia de la vida del Imperio, pero no hacen nada para iluminar esta conciencia llamada insurgencia. El rebelde no tiene lugar en esta historia como sujeto de la rebelión.

XI *

No hay nada en el discurso terciario que disimule esta ausencia. Más distante en el tiempo de los acontecimientos que toma como *asunto*, *los contempla siempre en tercera persona*. Se trata de la obra de escritores que no son funcionarios en la mayoría de los casos o de antiguos funcionarios que no tienen obligación o compro-

miso profesional alguno de representar el punto de vista del gobierno. Si ocurre que expresen un punto de vista oficial es sólo por que el autor lo ha decidido por voluntad propia más que por haber sido condicionado para hacerlo por una lealtad o un compromiso basados en una relación administrativa. Hay en efecto algunas obras históricas que muestren tal preferencia y que son incapaces de hablar con otra voz que no sea la de los custodios de la ley y el orden —un tipo de discurso terciario que adopta ese estado de identificación elemental con el régimen tan característico del discurso primario.

Pero hay también otros y muy distintos idiomas dentro de este género, que oscilan entre una perspectiva liberal y una de izquierdas. Esta última resulta particularmente importante ya que tal vez sea la variedad más influyente y prolífica del discurso terciario. Le debemos algunos de los mejores estudios sobre la insurgencia campesina india y siguen surgiendo cada vez más nuevos estudios de este tipo que evidencian un creciente interés académico por el tema y la relevancia que los movimientos subalternos del pasado tienen para las tensiones contemporáneas de esta parte del mundo. Esta literatura se distingue por su esfuerzo para apartarse del código de la contrainsurgencia. Adopta el punto de vista del insurgente y lo juzga, con él, como "magnífico" lo que los otros estiman "terrible", y viceversa. No deja al lector ninguna duda de que desea que venzan los rebeldes y no sus enemigos. Aquí, a diferencia del discurso secundario del tipo imperialista-liberal, el reconocimiento de los agravios cometidos contra los campesinos conduce directamente a apoyar su lucha para buscar reparación mediante las armas.

No obstante, estos dos tipos de discurso, tan diferentes y contrapuestos en orientación ideológica, tienen otras muchas cosas que les son comunes. Tomemos por ejemplo esa extraordinaria contribución de la erudición radical, *Bharater Krishak-bidroh* *O Ganatantrik Samgram*²⁶ de Suprakash Ray y compáremos su relato del levantamiento santal de 1855 con el de Hunter. Los textos se asemejan como narrativa. La obra de Ray, siendo más reciente, tiene la ventaja de basarse en investigaciones más actuales, como las

26. Vol. I, Calcuta, 1966, capítulo 13.

de Datta, y por lo tanto ofrece mayor información. Pero mucho de lo que tiene que decir sobre el comienzo y desarrollo de la *hool* está tomado —de hecho, está citado directamente— de los *Annals* de Hunter.²⁷ Y los dos autores confían en los artículos de la *Calcutta Review* (1856) como parte esencial de su evidencia. Hay por lo tanto poco en la descripción de este acontecimiento que difiera significativamente entre los discursos de tipo secundario y terciario.

Ni hay tampoco mucho que diferencie a los dos en cuanto a su admiración por el valor de los rebeldes y su aborrecimiento por las actuaciones genocidas organizadas por las fuerzas de la contrainsurgencia. De hecho, en estos dos puntos Ray reproduce *in extenso* el testimonio de Hunter, recogido de primera mano de los funcionarios directamente implicados en la campaña, que los santal «no se proponían ceder», mientras para el ejército, «no fue una guerra... fue una ejecución».²⁸ La simpatía expresada por los enemigos del Raj en el discurso terciario radical encaja plenamente con la del discurso secundario colonialista. En efecto, para ambos, la *hool* fue una lucha eminentemente justa, una evaluación que procede de su mutuo acuerdo acerca de los factores que la habían provocado. Terratenientes malvados, usureros extorsionistas, comerciantes deshonestos, policía venal, funcionarios irresponsables y procesos legales injustos, todos figuran con la misma prominencia en los dos relatos. Los dos historiadores se basan en la evidencia sobre este asunto aportada en el ensayo de la *Calcutta Review*, y para mucha de su información sobre el endeudamiento y el trabajo forzado de los Santal, sobre la opresión de los prestamistas y de los terratenientes y sobre la complicidad administrativa con estos abusos Ray confía mucho en Hunter, como lo demuestran los fragmentos citados abundantemente de la obra de éste.²⁹

Sin embargo, los dos escritores usan la causalidad para desarrollar perspectivas enteramente diferentes. La exposición de las causas tiene el mismo papel que representar en la narración de Hunter

que en cualquier otro relato del tipo secundario: esto es, la de un aspecto esencial del discurso de la contrainsurgencia. A este respecto sus *Annals* pertenecen a una tradición de historiografía colonialista que, para este acontecimiento particular, está típicamente ejemplificada por ese ensayo racista y vengativo, "The Santal Rebellion". En él, un funcionario experto pero inflexible, atribuye el levantamiento, como lo hace Hunter, al fraude de los bantas, a los negocios de los mahajani, al despotismo zamindari y a la ineficiencia sarkari. En una línea semejante *Personal Adventures*, de Thornhill, atribuye la insurrección rural del período del Motín en Uttar Pradesh a la ruptura de las relaciones tradicionales agrarias como consecuencia del advenimiento del dominio británico. O'Malley identifica las raíces de la *bhidroha* Pabna de 1873 con las rentas desorbitadas que exigían los terratenientes, y la Comisión de las revueltas del Deccan, la de los disturbios de 1875 con la explotación de los campesinos kumbi por prestamistas extranjeros en los distritos de Poona y Ahmednagar.³⁰ Se podrían añadir muchos otros acontecimientos y textos a esta lista. El espíritu de todos ellos está bien representado en el siguiente extracto de las *Resoluciones del Departamento Judicial* de 22 de noviembre de 1831 sobre la insurrección dirigida por Titu Mir:

La grave naturaleza de los últimos disturbios en el distrito de Baraset convierte en un asunto de capital importancia que la causa que los provocó deba ser plenamente *investigada* para que los motivos que incitaron a los insurgentes puedan ser correctamente *entendidos* y se puedan adoptar las medidas que se juzguen convenientes para *prevenir una repetición de similares desórdenes*.³¹

Esto lo resume todo. Conocer la causa de un fenómeno es ya un paso dado para controlarlo. El hecho de *investigar* y con ello *en-*

30. Anon., "The Santal Rebellions", pp. 238-241; Thornhill, *Personal Adventures*, pp. 33-35; L.S.S. O'Malley, *Bengal District Gazetteers: Pabna*, Calcuta, 1923, p. 25; Informe de la Comisión Nombrada en la India para investigar las Causas de los disturbios que tuvieron lugar en 1875 en los Distritos Poona y Ahmednagar de la Presidencia de Bombay, Londres, 1878, *passim*.

31. BC 5022:JC, 22 de noviembre de 1831 (no. 91). La cursiva es mía.

27. Sobre esto ver Ray, *Blharater Krishak-bhidroha O Ganatantrik Sangram*, pp. 323, 325, 327, 328.

28. Ray, *Blharater Krishak-bhidroha O Ganatantrik Sangram*, p. 337; Hunter, *Annals*, pp. 247-249.

29. Ray, *Blharater Krishak-bhidroha O Ganatantrik Sangram*, pp. 316-319.

tender la causa de los disturbios rurales es una ayuda «conveniente para *prevenir una repetición de similares desórdenes*». Con esta finalidad el corresponsal de la *Calcutta Review* (1856) recomendaba «la debida retribución», es decir, «que ellos [los santal] debieran ser rodeados y cazados en todas partes... que debieran ser obligados, si fuese necesario por la fuerza, a regresar a Daminikoh, y a los campos devastados de Bhaugulpore y Beerbhoon, para que reconstruyeran los pueblos en ruinas, recuperasen para el cultivo los campos desolados, abriesen caminos, y trabajasen en las obras públicas; y que hicieran eso bajo vigilancia y guarda... y que esta situación debiera continuarse hasta que se calmen completamente, y se conformen con sus deberes de sumisión». ³² La alternativa más tolerante propuesta por Hunter era, como ya hemos visto, una combinación de Ley marcial para sofocar una revuelta inabarcable y medidas impulsadas por la "Empresa Inglesa" con el fin de (como su compatriota había sugerido) absorber el campesinado rebelde como mano de obra barata en la agricultura y en las obras públicas para el beneficio, respectivamente, de los mismos *dhikus* e ingenieros de ferrocarril y caminos, contra los cuales habían tomado las armas. Con todas sus variaciones de tono, sin embargo, ambas prescripciones para «hacer... la rebelión imposible por la elevación de los *sonthals*» ³³ —como todas las soluciones colonialistas a las que se llegó por la explicación causal de nuestros levantamientos campesinos— fueron aprovechadas por una historiografía comprometida en la causa de asimilarlos al Destino trasccidental del Imperio británico.

XII

La causalidad sirve, en el relato de Ray, para incorporar la *hool* a un tipo diferente de Destino. Pero éste también sigue, para alcanzarlo, las mismas etapas que Hunter —es decir, *contexto-acontecimiento-perspectiva* ordenadas a lo largo de un *continuum* histórico. Hay algunos paralelismos obvios en el modo en que el

acontecimiento adquiere un contexto en las dos obras. Las dos empiezan en la prehistoria (tratada más brevemente en la obra de Ray que en la de Hunter) y continúan con un estudio del pasado más reciente desde 1790, cuando la tribu entró en contacto por primera vez con el régimen. Es aquí, para los dos, donde se encuentra la causa principal de la insurrección, pero con la diferencia. Para Hunter los disturbios tuvieron su origen en un foco maligno local dentro de un cuerpo sano; el fracaso de la administración del distrito para mostrarse a la altura del ideal entonces emergente del Raj como el *nu-baap* de los campesinos y protegerles de la tiranía de los elementos malignos dentro de la propia sociedad nativa. Para Ray fue la presencia misma del poder británico en la India la que empujó a los santal a la revuelta, puesto que sus enemigos, los terratenientes y los prestamistas, debían su autoridad y su propia existencia a las nuevas disposiciones sobre la propiedad de la tierra introducidas por el gobierno colonial y al desarrollo acelerado de una economía monetaria como consecuencia de ello. El levantamiento constituía, pues, una crítica no sólo a la administración local sino al propio colonialismo. En efecto Ray utiliza la misma evidencia de Hunter para llegar a una conclusión muy diferente, y hasta contraria:

Se demuestra en la propia exposición de Hunter que la responsabilidad por la miseria extrema de los santal reside en el sistema administrativo inglés, tomado en su conjunto con los zamin-dares y mahajans. Ya que fue el sistema administrativo inglés el que creó los zamin-dares y mahajans para satisfacer su propia necesidad de explotación y de gobierno, y les ayudó directa e indirectamente, ofreciéndoles su protección y patronazgo. ³⁴

Con el colonialismo, o sea, el Raj como sistema en su totalidad (más que cualquiera de sus disfunciones locales) identificado como la primera causa de la rebelión, su resultado adquiere valores radicalmente distintos en los dos textos. Mientras Hunter es explícito acerca de su preferencia por una victoria del régimen, Ray lo es igualmente, pero en favor de los rebeldes. Y en correspondencia

32. Anon, «The Sonthal Rebellion», pp. 263-264.

33. Anon, «The Sonthal Rebellion», p. 263.

34. Ray, *Bhantar Krishak-bidroh O Gamantrik Samgrah*, p. 318.

con esto cada uno tiene una perspectiva opuesta que contrasta acutadamente con la del otro. Para Hunter se trata de la consolidación del dominio británico basado en una administración reformada que no incita a la revuelta por su fracaso para proteger a los *adivás* de los explotadores nativos, sino que los transforma en una mano de obra abundante y móvil empleada libremente y con provecho por los terratenientes indios y por la "empresa Inglesa". Para Ray el acontecimiento es «el precursor de la gran rebelión» de 1857 y un eslabón vital en una lucha pertinaz del pueblo indio en general, y de los campesinos y los trabajadores en particular, contra sus opresores, tanto extranjeros como indígenas. La insurrección armada de los santal, dice, ha mostrado un camino al pueblo indio. «Ese camino particular se ha convertido, gracias a la gran rebelión de 1857, en la gran ruta de la lucha de la India por la libertad. Una ruta que se extiende hasta el siglo xx. Los campesinos indios están marchando por esta misma senda». ³⁵ Al introducir la *hool* en una perspectiva de lucha continuada de las masas rurales el autor se basa en una tradición bien establecida de la historiografía radical como lo muestra, por ejemplo, el siguiente extracto de un panfleto que tuvo muchos lectores en los círculos políticos de izquierda hace cerca de treinta años:

El estruendo de las batallas de la insurrección se ha apagado. Pero su eco no ha dejado de vibrar a través de los años, haciéndose cada vez más fuerte en tanto que mas campesinos se unen a la lucha. La llamada que convocó a los santal a la batalla... se escuchó en otras partes del país en tiempos de la Huelga del Índigo de 1860, de la Insurrección de Pabna y Bogra de 1872, del levantamiento campesino Maratha en Poona y Ahmednagar en 1875-76. Se fundiría, finalmente, en la demanda en masa de los campesinos de todo el país para que se acabase con la opresión de los zamindari y los prestamistas... ¡Gloria a los santal inmortales que... mostraron el camino de la batalla! Desde entonces la bandera de la lucha militante ha pasado de mano en mano a lo ancho y largo de la India. ³⁶

35. Ray, *Bhaurer Krishnak-bidroh* O *Ganatantrik Sangram*, p. 340.

36. L. Natarajan, *Peasant Uprisings in India, 1850-1940*, Bombay, 1953, pp. 31-32.

La fuerza de este pensamiento asimilador de la historia de la insurgencia campesina puede ilustrarse con las palabras de conclusión de un ensayo escrito por un veterano miembro del movimiento campesino y publicado por el Pashchimbanga Pradeshik Krishak Sabha en vísperas del centenario de la revuelta de los santal. Dice así:

Las llamas del fuego encendido por los mártires campesinos de la Insurrección de los Santal hace cien años se habían extendido a muchas regiones por toda la India. Esas llamas se pudieron contemplar ardiendo en la rebelión de los cultivadores de índigo en Bengala (1860), en el levantamiento de los raiyats de Pabna y Bogra (1872), en el de los campesinos Maratha del Deccan (1875-76). El mismo fuego se encendió una y otra vez en el transcurso de las revueltas campesinas de los Moplah de Malabar. Este fuego no se ha extinguido todavía, sino que arde en los corazones de los campesinos indios... ³⁷

El propósito de este discurso terciario es claramente el de recuperar la historia de la insurgencia de ese *continuum* que está diseñado para asimilar cada revuelta a "la Obra de Inglaterra en la India" con el fin de situarlo en el eje alternativo de una campaña pertinaz por la libertad y el socialismo. Sin embargo, como sucede con la historiografía colonialista, esto implica también un acto de apropiación que excluye al rebelde como sujeto consciente de su propia historia y lo incorpora como un elemento contingente en otra historia con otro protagonista. Así como no es el rebelde sino el Raj el protagonista real del discurso secundario y la burguesía india lo es del discurso terciario del género de la Historia-de-la-lucha-por-la-libertad, del mismo modo es una *abstracción* llamada Obrero y Campesino, un *ideal más que la personalidad histórica real del insurgente*, la que viene a reemplazarlo en el tipo de literatura que hemos discutido ahora.

Decir esto no significa negar la importancia política de esta apropiación. Dado que cada lucha por el poder realizada por las clases históricamente ascendentes en cualquier época implica una

37. Abdulla Rasul, *Santal Bidroher Anar Kahini*, Calcutta, 1951, p. 24.

tentativa de adquirir una tradición, está en el orden de las cosas que los movimientos revolucionarios de la India reivindicaran, entre otras, la rebelión de los santal de 1835 como parte de su patriotismo. Pero por noble que sea la causa y el instrumento de esta apropiación, la verdad es que conduce a la mediación de la conciencia de los insurgentes por la del historiador —o sea, de una conciencia del pasado por otra condicionada por el presente. La distorsión que se sigue necesaria e inevitablemente de este proceso es una función de este hiato entre el acontecimiento-tiempo y el discurso-tiempo que lleva, en el mejor de los casos, a que la representación verbal del pasado no sea exacta. Y como el discurso se refiere, en este ejemplo concreto, a propiedades de la mente —a actitudes, creencias, ideas, etc., más que a características externas que son más fáciles de identificar y describir, la tarea de la representación se hace incluso más complicada de lo habitual.

No hay nada que la historiografía pueda hacer para eliminar totalmente esta distorsión, puesto que está inscrita en su propia óptica. Lo que puede hacer es reconocer esta distorsión como pararmétrica —como un dato que determina la forma del ejercicio mismo, y dejar de pretender que puede comprender *plenamente* una conciencia del pasado y reconstruirla. Entonces y sólo entonces podrá reducirse significativamente la distancia entre ésta y la percepción del historiador hasta llegar a una buena aproximación, que es lo mejor que se puede esperar. La brecha, tal como está por el momento, es tan amplia que hay mucho más que un grado irreducible de error en la literatura existente sobre este punto. Incluso una breve ojeada a algunos de los discursos sobre la insurrección de 1855 debiera mostrarlo.

XIII

La religiosidad fue, según dicen todos, central para el desarrollo de la *hool*. La noción de poder que la inspiró estaba compuesta de ideas y se expresaba en palabras y actos que eran de carácter explícitamente religioso. No es que el poder fuese un contenido envuelto en una forma externa a él llamada religión. Era que ambos estaban inseparablemente ensambados como significado y sig-

nificante (*vāgarthāviva samprkai*) en el lenguaje de esa violencia masiva. De ahí la atribución del levantamiento a una orden divina más que a cualquier agravio particular; la realización de rituales tanto antes (por ejemplo ceremonias propiciatorias para prevenir el apocalipsis de la serpiente primigenia —Lag y Lagini, la distribución de *tel-sindur*, etc.) y durante el levantamiento (por ejemplo el culto a la diosa Durga, los baños en el Ganges, etc.); la generación y la circulación del mito en su vehículo característico —rumor (por ejemplo sobre el advenimiento del “ángel exterminador” encarnado como un búfalo, el nacimiento de un héroe prodigioso de una virgen, etc.).³⁸ La evidencia es inequívoca y amplia en este punto. Las manifestaciones que tenemos de los principales protagonistas y de sus seguidores son claras e insistentes acerca de este aspecto de su lucha, como debiera resultar obvio incluso de los pocos extractos de fuentes materiales reproducidos en el Apéndice. En resumen, no es posible hablar de insurgencia en este caso, salvo como una conciencia religiosa —esto es, como una demostración masiva de alienación (por tomar prestado el término de Marx acerca de la esencia de la religiosidad) que hizo que los rebeldes considerasen su proyecto como algo afirmado por una voluntad superior a la suya: «Kano y Seedoo Manjee no están luchando. Es el propio Thacoor quien luchará».³⁹

¿Hasta qué punto se ha representado esto con autenticidad en el discurso histórico? Se identificó en la correspondencia oficial de la época como un caso de “fanatismo”. La insurrección llevaba ya tres meses y mantenía su fuerza cuando J.R. Ward, un comisionado especial y uno de los administradores más importantes de la región de Birbhum, escribió con cierta desesperación a sus superiores de Calcuta: «Soy incapaz de atribuir la insurrección de Beerbhoom a otra razón que el *fanatismo*». La expresión que usó para describir el fenómeno era propia de la respuesta sorprendida y culturalmente arrogante del colonialismo del siglo XIX a cualquier movimiento radical inspirado por una doctrina no cristiana

38. Los ejemplos son demasiado numerosos como para citarlos todos en este ensayo, pero para algunos de los ejemplos ver *Mare Hapran ko Roak Katha*, capítulo 79, en A. Mita (ed.), *Disini Handbooks: Bankura*, Calcuta, 1953.

39. Ver Apéndice: extracto 2.

entre una población sometida: «Estos santal han sido inducidos a unirse a la rebelión por la convicción, que procede claramente de sus hermanos en Bhaugulpore, de que un ser Todopoderoso e inspirado ha aparecido como redentor de su Casta y su *ignorancia* y *superstición* se ha convertido en un *frenesí religioso* que no se detiene ante nada». ⁴⁰ Ese lenguaje se encuentra también en el artículo de la *Calcutta Review*. Allí el santal es reconocido como «un hombre eminentemente religioso» y su revuelta comparada a otros acontecimientos históricos en que «el espíritu fanático de la *superstición religiosa*» había sido «sido exhibido para reforzar y promover una querrela que estaba ya a punto de estallar y que se basada en otras razones». ⁴¹ Sin embargo, el autor da a esta identificación un sentido muy distinto del que tiene el informe citado anteriormente. En aquél, un Ward atónito, atrapado por el estallido de la *hool*, parece impresionado por la espontaneidad de «un frenesí religioso que... no se detenía ante nada». En contraposición el artículo escrito después de que el régimen hubiese recuperado la confianza en sí mismo, gracias a la campaña de búsqueda y destrucción en las zonas insurrectas, interpreta la religiosidad como un ardid propagandista utilizado por los jefes para mantener la moral de los rebeldes. Refiriéndose, por ejemplo, a los rumores mesiánicos que circulaban dice: «Todos estos absurdos eran sin duda *ideados* para sostener el ánimo de la chusma». ⁴² Nada podría resultar más elitista. Los insurgentes son vistos aquí como una «chusma» estúpida desprovista de voluntad propia y fácilmente manipulable por sus jefes.

Pero un elitismo de este tipo no es patrimonio sólo de la historiografía colonialista. El discurso terciario en su variante radical exhibe también el mismo desprecio por la conciencia política de las masas campesinas cuando está mediada por la religiosidad. Como ejemplo volvamos al relato que Ray hace del levantamiento. En él cita las siguientes líneas del artículo de la *Calcutta Review* en una traducción algo descuidada pero claramente reconocible:

40. *Id.* 8 de noviembre: Ward al Gobierno de Bengala (13 de octubre 1855). *La cursiva es mía*.

41. Anon., «The Sonthal Rebellion», p. 243. *La cursiva es mía*.

42. Anon., «The Sonthal Rebellion», 246. *La cursiva es mía*.

Seedo y Kanoo estaban por la noche sentados en su casa, revoliendo diversas cosas... un pedazo de papel cayó sobre la cabeza de Seedo y de repente el (dios) Thakoor apareció ante la mirada atónita de Seedoo y Kanoo; parecía un hombre blanco aunque vestido al estilo nativo; tenía diez dedos en cada mano; llevaba un libro blanco, escrito; entregó a los hermanos el libro y con él 20 hojas de papel; ascendió por los aires y desapareció. Otro trozo de papel cayó sobre la cabeza de Seedoo, y entonces vinieron dos hombres... les dieron a entender el propósito de la orden del Thakoor, y se desvanecieron igualmente. Pero no hubo solamente una aparición del sublime Thakoor; cada día de la semana, durante un breve período de tiempo, hizo sentir su presencia a sus apóstoles favoritos... En las páginas plateadas del libro, y sobre las hojas blancas de los pedazos de papel, había palabras escritas; éstas fueron después descifradas por letrados santal, capaces de leer e interpretar; pero su significado había sido ya suficientemente indicado a los dos líderes. ⁴³

Con cambios mínimos de detalle (inevitables en un folclore vivo) éste es realmente un relato auténtico de las visiones que los jefes santal creían haber tenido. Sus manifestaciones, reproducidas en parte en el Apéndice (*extractos* 3 y 4), así lo corroboran. Éstas, dicho sea de paso, no se habían hecho en público para impresionar a sus seguidores. A diferencia de «El Perwannah del Thakoor» (Apéndice: *extracto* 2), destinado a dar a conocer sus puntos de vista a las autoridades antes del levantamiento, éstas eran palabras de cautivos que se enfrentaban a una ejecución. Dirigidas a interrogadores hostiles en campamentos militares podían ser de poca utilidad como propaganda. Pronunciadas por hombres de una tribu que, según todas las opiniones, no había aprendido a mentir, ⁴⁵ representaban la verdad y nada más que la verdad para quienes las pronunciaban. Pero no es por este motivo que Ray se las atribuye. Lo que aparece como una mera insinuación en la *Calcutta Review* se eleva a la categoría de un recurso de propaganda elaborada en sus observaciones preliminares sobre el pasaje citado más arriba:

43. Anon., «The Sonthal Rebellion», pp. 243-244. Ray, *Blatant Krishnak-bidraha O Ganatantrik Sangram*, pp. 321-322.

Los dos, Sidu y Kanu, sabían que el eslogan (*ulhwan*) que podía tener el mayor efecto entre los *atrassados* santal era uno de carácter religioso. En consecuencia, *para animar* a los santal a la *lucha difundieron* las palabras sobre la orden de Dios en favor de lanzarse a la lucha. La historia *inventada* (*kadpita*) por ellos es como sigue.⁴⁴

Hay poco aquí que sea diferente de lo que el escritor colonialista tenía que decir sobre el supuesto retraso del campesinado santal, las intenciones manipuladoras de sus jefes y el uso de la religión como medio para esta manipulación. En efecto, en cada uno de estos puntos, Ray supera y es sin duda el más explícito de los dos autores al atribuir una gran mentira y un engaño descarado a los jefes rebeldes, sin tener ninguna prueba. La invención es toda suya y demuestra el fracaso del radicalismo superficial en el intento de concebir la mentalidad insurgente salvo en términos de un laicismo total. Incapaz de comprender la religiosidad como la moralidad central de la conciencia campesina en la India colonial, no se atreve a reconocer su mediación de la idea de poder de los campesinos ni las contradicciones resultantes. Está obligado por ello a racionalizar las ambigüedades de la política de los rebeldes asignando una conciencia realista a los líderes y otra contrapuesta a sus seguidores, convertidos en inocentes engañados por hombres astutos armados con todas las argucias de un político moderno indio que solicita los votos rurales. Adónde lleva todo esto al historiador es algo que podemos ver más claramente en la proyección de sus tesis en un estudio sobre la *ulghulan* de Birsait, su obra siguiente. Allí escribe:

Con el fin de propagar esta doctrina religiosa, Birsait adoptó un *nuevo ardid* (*kaushal*) —como Sidu, el líder santal, había hecho en vísperas de la rebelión de los santal en 1885. Birsait sabía que los Kol eran *gente muy atrasada* y que estaban llenos de *supersticiones religiosas* como consecuencia de la propaganda misionera hindú-brahmánica y cristiana que se había hecho entre

44. Ray, *Bharater Krishuk-bitroha O Ganaantik Sangram*, p. 321. *La cursiva es mía.*

ellos desde hacía mucho tiempo. Por lo tanto, no eludiría la cuestión de la religión, si los kol podían ser liberados de aquellas influencias religiosas perniciosas y llevados al camino de la rebelión. Antes bien, para superar las malas influencias de las religiones hindú y cristiana, sería necesario propagar su nueva fe religiosa entre ellos en nombre de su propio Dios, e introducir nuevos preceptos. *Con este fin debía recurrirse a la falsedad, si fuera necesaria, por el interés del pueblo.*

Birsait *propagó* la voz de que había recibido esta nueva religión suya de la propia deidad principal de los Mundas, Sing Bonga.⁴⁵

Así el historiador radical se ve conducido por la lógica de su propia incompreensión a atribuir una falsedad deliberada a uno de nuestros más grandes rebeldes. La ideología de esta poderosa *ulghulan* no es otra cosa que pura invención. Y él no es el único que interpreta mal la conciencia insurgente. Baskay le hace eco casi palabra por palabra al describir la pretensión del jefe santal de contar con apoyo divino para la *hool* como propaganda destinada «a incitar a los santal a alzarse en revuelta».⁴⁶ Formulaciones como éstas se pueden encontrar en otros escritos del mismo género que resuelven el enigma del pensamiento religioso entre los rebeldes santal limitándose a ignorarlo. Un lector que tenga los un día influyentes ensayos de Natarajan y Rasul como su única fuente de información sobre la insurrección de 1885, apenas sospechará la existencia de religiosidad en ese gran acontecimiento. Éste se ve representado ahí *exclusivamente* en sus aspectos laicos. Esta actitud no está, sin duda, limitada a los autores discutidos en estas páginas. La misma mezcla de miopía y rechazo categorico a contemplar la evidencia caracteriza una buena parte la literatura existente sobre el tema.

45. Ray, *Bharater Baiphalik Sangramer Itihās*, vol. I, Calcuta, 1970, p. 95. *La cursiva es mía.* La frase en cursiva se lee como sigue en bengalí: «*Ejinyo prajoyan hoiley jaitr svarthley mithyar asroy graham kunithey hoibey*».

46. Dharendraanath Baskay, *Sonant Ganasangramer Itihās*, Calcuta, 1976, p. 66.

XIV

¿Por qué el discurso terciario, incluso en su variante radical, es tan reacio a reconocer el elemento religioso en la conciencia rebelde? Porque está todavía atrapado en el paradigma que inspiró el discurso ideológicamente contrario, por colonialista, de los discursos de tipo primario y secundario. Esto resulta, en cada caso, de un rechazo a reconocer al insurgente como sujeto de su propia historia. Ya que cuando una rebelión campesina ha sido asimilada a la carrera del Raj, la Nación o el Pueblo, resulta fácil para el historiador renunciar a la responsabilidad que tiene de explorar y describir la conciencia específica de esta rebelión y se contenta con adscribirla a una conciencia trascendental. En términos operativos, esto significa negar una voluntad a la masa de los rebeldes y presentarlos meramente como instrumentos de otra voluntad. Es por ello que en la historiografía colonialista la insurgencia se contempla como la articulación de una espontaneidad pura opuesta a la voluntad del Estado, personificado en el Raj. Si se atribuye alguna conciencia a los rebeldes, ésta se limita tan sólo a unos cuantos de sus jefes —con frecuencia a algunos miembros individuales o a pequeños grupos de la burguesía rural. También en la historiografía nacionalista-burguesa se lee una conciencia de élite como fuerza motivadora de todos los movimientos campesinos. Esto había conducido a extremos tan grotescos como la caracterización de la Rebelión del Indigo de 1860 como «el primer movimiento de masas no violento»⁴⁷ y, en general, de todas las luchas populares en la India rural durante los primeros ciento veinte años de dominio británico como el antecedente espiritual del Congreso Nacional Indio.

De modo muy parecido, la especificidad de la conciencia rebelde ha escapado también a la historiografía radical. Ha sucedido así porque se basa en un concepto de las revueltas campesinas como una sucesión de acontecimientos alineados en una línea directa de

descendencia —como un patrimonio, como a menudo se dice— en que todos los constituyentes tienen la misma genealogía y repiten su compromiso con los mas altos ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Desde esta perspectiva ahistórica de la historia de la insurgencia todos los momentos de conciencia son asimilados al definitivo y más elevado momento de la serie —a una Conciencia Ideal. Una historiografía consagrada a este propósito (incluso cuando se hace, lamentablemente, en nombre del marxismo) está mal equipada para enfrentarse con las contradicciones que son de hecho la materia de que está hecha la historia. Como se supone que el Ideal es de carácter cien por 100 secular, el seguidor tiende a apartar la mirada cuando se enfrenta a la evidencia de la religiosidad como si no existiese o la explica como un fraude hábil pero bienintencionado perpetrado por jefes ilustrados sobre sus estúpidos seguidores —hecho todo ello, por supuesto, por «el interés del pueblo». De ahí que el rico material de los mitos, los rituales, los rumores, las esperanzas en una Edad de Oro y los temores de un inminente Fin del Mundo que hablan de la alienación del rebelde, se desperdicie en este discurso abstracto y estéril. Puede hacer muy poco para iluminar la combinación de sectarismo y militancia que es un rasgo tan importante de nuestra historia rural. La ambigüedad de tales fenómenos, visibles durante el movimiento Tebhaga en Dinajpur, cuando campesinos musulmanes venían al Kisan Sabha «sobreponiendo a veces una hoz y un martillo a la bandera de la Liga Musulmana» y jóvenes maulavis «recitaban versos melodiosos del Corán» en los mítines de los pueblos, mientras «condenaban el sistema jotedari y la práctica de cobrar tipos de interés elevados»,⁴⁸ quedará más allá de su capacidad de comprensión. La rápida transformación de la lucha de clases en una contienda comunal y viceversa en nuestros campos suscita de él o una disculpa forzada o un simple gesto de molestia, pero no una explicación real.

Sin embargo, no es tan sólo el elemento religioso de la conciencia rebelde lo único que esta historiografía no consigue comprender. La especificidad de una insurrección rural se expresa también en términos de otras muchas contradicciones, que también se pierden. Cegados por el brillo de una conciencia perfecta e

47. Jyegesh Chandra Bagal (ed.), *Peasant Revolution in Bengal*, Calcutta, 1953, p. 5.

48. Sunil Sen, *Agrarian Struggle in Bengal, 1946-47*, Nueva Delhi, 1972, p. 49.

inmaculada, el historiador no ve nada más, por ejemplo, que solitudinaria en el comportamiento rebelde y no repara en su Otro, esto es en la traición. Comprometidos inflexiblemente con la noción de la insurgencia como un movimiento generalizado, subestiman el poder de los frenos que representan el localismo y la territorialidad. Convencidos de que la movilización para una insurrección rural emana exclusivamente de una autoridad total de la élite, tienden a ignorar la operación de otras muchas autoridades dentro de las relaciones básicas de una comunidad rural. Prisionero de abstracciones vacías, el discurso terciario, incluso de tipo radical, se ha alejado de la prosa de la contrainsurgencia tan sólo por una declaración de intenciones. Tiene todavía que recorrer un largo camino antes de demostrar que el insurgente puede confiar en su trabajo para recuperar su lugar en la historia.

ABREVIATURAS

- BC: Board's Collections, India Office Records (Londres).
JC: Fort William Judicial Consultations in BC.
JR: Judicial Proceedings, West Bengal State Archives (Calcuta).
MDS: *Maharaja Debby Sinha*, Nashipur Raj Estate, 1914.

APÉNDICE

Extracto 1

Vine a saquear... Sidoo y Kaloo [Kanh] se declararon a sí mismos Rajas y [dijeron] que saquearían todo el país y tomarían posesión de él —también dijeron, nadie puede pararnos ya que es la orden de Thakoor. Por este motivo hemos venido todos con ellos.

Fuente: JP, 19 de julio de 1855. Declaración de Balai Majhi (14 de julio de 1855).

Extracto 2

El Thacoor ha descendido en la casa de Seedoo Manjee, Kanoo Manjee, Bhyrub y Chand, en Bhugnuddhee en Pergunnah Kunjeela. El Thakoor en persona está conversando con ellos, él ha descendido del Cielo, está conversando con Kanoor y Seedoo, los Sahibs y los Soldados blancos lucharán. Kanoo y Seedoo no luchan. El mismo Thacoor luchará. Por lo tanto vosotros Sahibs y Soldados lucharéis con el mismo Thacoor la Madre Ganges vendrá para (ayudar) al Thacoor. Lloverá fuego del Cielo. Si estáis de acuerdo con el Thacoor entonces debéis ir al otro lado del Ganges. El Thacoor ha ordenado a los santal que por un arado tirado por bueyes debe pagarse 1 anna de renta. Por un arado tirado por búfalos 2 annas. El reino de la Verdad ha empezado. Se administrará una justicia Verdadera a Aquel que no diga la verdad no se le permitirá permanecer en la Tierra. Los Mahajuns han cometido un gran pecado. Los Sahibs y el amlah lo han hecho todo mal, en esto los Sahibs han pecado grandemente.

Aquellos que dicen cosas al Magistrado y aquellos que investigan casos para él, reciben 70 u 80 R.s. con gran opresión en esto los Sahibs han pecado. Por este motivo el Thacoor me ha ordenado que diga que el país no es de los Sahibs...

P.D. Si vosotros Sahibs estáis de acuerdo, entonces deberíais quedaros al otro lado del Ganges, y si no estáis de acuerdo no podréis quedaros en esta parte del río. Yo lloveré fuego y todos los Sahibs morirán por las propias manos de Dios y Sahibs si vosotros lucharéis con escopetas los santal no serán alcanzados por las balas y el Thacoor dará vuestros Elefantes y caballos por su voluntad a los santal... si vosotros lucharéis con los santal dos días serán como un día y dos noches como una noche. Esta es la orden del Thacoor.

Fuente: JP, 4 de octubre de 1855. "The Thacoor's Perwannah" (fecha "10 Saon 1262").

Extracto 3

Entonces los Manjees y Purgumaitis se reunieron en mi Veranda, y nosotros deliberáramos durante dos meses. «que Pontet y Mohesh Dutti no escuchan nuestras quejas y nadie actúa como nuestro Padre y Madre» entonces un Dios descendió del cielo en la forma de una rueda de carro y me dijo «Matad a Pontet y los Darogah y los Mahajuns y entonces tendréis justicia y un Padre y una Madre»; entonces el Thacoor regresó al cielo; tras esto dos hombres como Bengálites vinieron a mi Veranda; cada uno de ellos tenía seis dedos, medio trozo de papel cayó sobre mi cabeza antes de que el Thacoor viniese y otro medio cayó después. No podía leerlo pero Chand y Scherce y un Dhome lo leyeron, ellos dijeron «El Thacoor os ha escrito para que luchéis contra los Mahajens y entonces tendréis justicia»...

Fuente: JP, 8 de noviembre de 1855, "Interrogatorio del santal Sedoo último Thacoor".

Extracto 4

En Bysack el Dios descendió en mi casa yo envié un perwanah al Burra Sahib en Calcuta... Escribí que Thacoor había venido a mi casa y estaba conversando conmigo y había dicho que todos los santal iban a estar bajo mi cargo y que yo iba a pagar todos los impuestos al Gobierno y no iba a oprimir a nadie y los zamin-dars y Mahajans estaban cometiendo mucha opresión cogiendo 20 piezas por una y que yo iba a alejarlos de los santal y si ellos no se marchan luchar con ellos.

Ishwar era un hombre blanco con solo una dootee y chudder se sentó en el suelo como un sahib escribió sobre este trozo de papel. Me dio 4 papeles pero después presentó 16 más. El Thacoor tenía 5 dedos en cada mano. Yo no le vi durante el día le vi tan sólo de noche. Los santal entonces se reunieron en mi casa para ver al Thacoor.

[En Maheshpur] llegaron las tropas y nosotros luchamos... después viendo que los hombres de nuestro lado estaban cayendo nos volvimos ambos por dos veces contra ellos y una vez les expulsamos, entonces yo hice poojah... y entonces vinieron grandes bolas y Sedoo y yo fuimos heridos. El Thacoor había dicho «las escopetas dispararán agua» pero mis tropas cometieron algún crimen y por lo tanto las predicciones del thacoor no se cumplieron alrededor de 80 santal fueron muertos.

Todos los papeles en blanco cayeron del cielo y el libro en que todas las páginas están en blanco cayó también del cielo.

Fuente: JP, 20 de diciembre de 1855, "Interrogatorio del santal Kanoo".

ASPECTOS ELEMENTALES DE LA INSURGENCIA CAMPESINA EN LA INDIA COLONIAL

La historiografía de la insurgencia campesina en la India colonial es tan antigua como el propio colonialismo. Nació de la intersección de los intereses políticos de la Compañía de las Indias Orientales, y de una visión de la historia característica del siglo xviii —una visión de la historia como política y del pasado como guía para el futuro. Les preocupaba impedir que sus recién adquiridos dominios se desmembrasen como el imperio moribundo de los mongoles bajo el impacto de las insurrecciones campesinas. Ya que los disturbios agrarios en multitud de formas y a una escala que iba desde los levantamientos locales hasta campañas militares que se extendían por muchos distritos, fueron endémicos durante los primeros tres cuartos del dominio británico hasta el mismo final del siglo xix. Contando por encima los acontecimientos catalogados, se encontrarán no menos de 110 ejemplos conocidos, incluso para el periodo más breve de 117 años —desde el *dhing* de Rangpur al *ulgulan* de Birsaiti— incluido en esta obra.

1. La estimación se basa en acontecimientos catalogados en tres trabajos conocidos, como son los de S.B. Chaudhuri, *Civil Disturbances during the British Rule in India*, Calcuta, 1995; y S. Ray, *Bharater Baiprabik Sangraner Itihās*, Calcuta, 1970, y *Bharater Krishak-bidroha O Ganatantrik Sangram*, vol. 1, Calcuta, 1966. Una lista completa, realizada por diferentes historiadores, sin duda mostraría un número aún mayor. Para los eruditos que trabajan en las diversas regiones específicas, obviamente, estas compilaciones, basadas en fuentes publicadas y obras secundarias, no incluyen muchos casos locales que podrían recuperarse de los archivos y de la literatura oral.